

ISSN: 2992-7781

grafógrafxs

REVISTA DE LITERATURA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

VOL. 7, NÚM. 3 • JULIO-SEPTIEMBRE 2025



las poetas de

Entrevistas exclusivas

grafógrafxs

en nuestro canal de
YouTube:
Grafógrafxs UAEM

¿Cómo publicar en *Grafógrafx*?

- *Grafógrafx* es una revista digital de creación literaria de la Universidad Autónoma del Estado de México, cuyo objetivo es publicar textos de poesía, narrativa, ensayo, crónica, traducciones y reseñas para fomentar el interés por la literatura entre los estudiantes de nivel medio superior y superior. La periodicidad de la revista es trimestral. Esta publicación universitaria no tiene carácter lucrativo, por lo que no efectúa remuneraciones ni cobros a sus colaboradores.
- La convocatoria de la revista es permanente. Se recibirán propuestas de publicación de autores de cualquier edad y nacionalidad. Además, se solicitarán colaboraciones a los autores que determine el Comité Editorial o el director de la revista.
- Derivado de donaciones de libros por parte de casas editoriales a *Grafógrafx*, esta publicación entrega a alumnos de la UAEM un libro a cambio de la elaboración de la reseña respectiva. Estas reseñas se publicarán en la sección “Reseñas” de la revista.
- Tanto las propuestas de publicación como las colaboraciones solicitadas deben enviarse a grafografxs@uaemex.mx en archivo de Word, con letra Arial a 12 puntos e interlínea de 1.5.
- *Grafógrafx* efectuará una lectura de pertinencia de las propuestas de publicación. Si se determina que la obra será publicada, el equipo editorial de la revista enviará un correo electrónico al autor en un plazo no mayor de 15 días hábiles (contados a partir del acuse de recibo de la propuesta), en el que se adjuntará el instrumento jurídico correspondiente (cesión de derechos); este deberá remitirse a la revista una vez firmado.
- La revista someterá todos los textos por publicar a un proceso de edición y corrección de estilo.
- Las propuestas aceptadas se publicarán conforme al orden de llegada y la disponibilidad de espacio en el número correspondiente.
- Las propuestas de publicación, las reseñas y las colaboraciones solicitadas deben ir acompañadas de una breve ficha de identificación, en la que se especificará lo siguiente: nombre, lugar y fecha de nacimiento, estudios y, en su caso, lugar de trabajo, premios y los tres libros publicados más recientes.

Ejemplo:

CLAUDIA L. GUTIÉRREZ PIÑA (Toluca, México, 1980). Es Doctora en Literatura Hispánica por El Colegio de México, autora de *Las variaciones de la escritura. Una lectura crítica de El grafógrafo y de la obra de Salvador Elizondo* (2016) y coordinadora de los libros *Salvador Elizondo: ida y vuelta. Estudios críticos* (2016) y *Mujeres mexicanas en la escritura* (2017). En 2013, obtuvo el premio a la mejor tesis de doctorado en el área de Humanidades otorgado por la Academia Mexicana de Ciencias. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores desde 2015.

- En las reseñas se deberá incluir, además, la ficha bibliográfica del libro de referencia, la cual contendrá los siguientes datos: autor, título, ISBN, editorial, fecha de publicación y número de páginas.

Ejemplo:

Dora Moro,
Geodón,
ISBN: 9-47-8490-607-978, México
Ediciones Luzzeta,
41 .2018 pp.

- La extensión máxima recomendada para las propuestas de publicación y colaboraciones solicitadas es la siguiente: 12 cuartillas en el caso de cuentos, crónicas y ensayos literarios, y dos cuartillas para reseñas. Se aceptará un máximo de cinco poemas por autor.
- Respecto a los ensayos literarios, se sugiere incluir un máximo de cinco fuentes. Las referencias bibliográficas se deben ajustar al estilo de citas Harvard tanto dentro del texto como al final de este.

Ejemplos:

Dentro del texto:

(Gutiérrez, 2016: 69)

Al final del texto:

Gutiérrez Piña, Claudia Liliana (2016), *Las variaciones de la escritura: una lectura crítica de El grafógrafo y de la obra de Salvador Elizondo*, México, El Colegio de México/Universidad Autónoma del Estado de México.

Rosas Montalvo, Álvaro (2011), “Tres sonetos”, *La Colmena*, núm. 72, pp. 91-92.



Universidad Autónoma del Estado de México

ENCARGADA DEL DESPACHO DE LA SECRETARÍA
DE DIFUSIÓN CULTURAL

María de las Mercedes Portilla Luja
Doctora en Humanidades

DIRECTOR DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS

Jorge Eduardo Robles Alvarez
Doctor en Administración

Grafógrafx, volumen 7, número 3, julio-septiembre de 2025, es una publicación trimestral editada por la Universidad Autónoma del Estado de México, Instituto Literario 100 ote., Colonia Centro, Toluca, Estado de México, C.P. 50000, Tel. + 52 722 481 18 00, grafografxs.uaemex.mx, grafografxs@uaemex.mx. Editor responsable: Sergio Ernesto Ríos Martínez, Secretaría de Difusión Cultural, calle Leona Vicario, número 201, Barrio de Santa Clara, Toluca, Estado de México, C.P. 50090. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo núm. 04-2019-060610350100-203, ISSN: 2992-7781, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación.

Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido aquí publicado sin fines de lucro, siempre que no se modifique y se cite la fuente completa.

grafógrafx

EQUIPO EDITORIAL

DIRECTOR

Sergio Ernesto Ríos

EDITOR

Mauricio Pérez Sánchez

DISEÑO

Javier Gonzalo Paredes Mendoza

CORRECCIÓN DE ESTILO

Francesca Medina Lagunas

Javier González Núñez

Manuel Raymundo Macías Velázquez

COMITÉ EDITORIAL

Carmen Álvarez Lobato

Yanko González

Reynaldo Jiménez

Josely Vianna Baptista

Mónica Nepote

León Plascencia Ñol

Alberto Chimal

Cristina Rivera Garza

Ana Porrúa

Ángel Ortuño †

Julián Herbert

CONSEJO CONSULTIVO

Claudia Gutiérrez Piña

Maricela Guerrero

Carlos Maldonado

Efraín Velasco

Carlos Vicente Castro

Luis Eduardo García

Juana Adcock

Rodrigo Quijano

Cristian De Nápoli

César Panza †

Xitlalitl Rodríguez Mendoza

CONTENIDO

5	LA NAVIDAD DE SHAGA EL PRECLARO Yoss	69	AFORISMOS. SELECCIÓN Y PRESENTACIÓN DE HIRAM BARRIOS Valeriu Butulescu
28	CUATRO POEMAS DE <i>LA CICATRIZ DE LA SELVA</i> Almudena Vidorreta Torres	73	LIBROS Y LECTURAS Miguel García Ramírez
35	EL HOMBRE DEL FUTURO José Manuel Ríos Guerra	77	LIBROS Y LECTURAS Sohulii
43	UNOS ADIDAS AZULES José Manuel Ríos Guerra		
47	LA VERDAD SOBRE EL CASO ILENKA Yoss		
58	LECCIONES DE GRAMÁTICA PARA ESCRIBIR <i>UNA NOTA SUICIDA</i> (FRAGMENTO) Ilallalí Hernández		

Ilustración en portada y contraportada:
MuroS1. Fotografía analógica, revelado y procesos
digitales. Formato medio 6 x 6 cm. Daniel Malpikka.

Colección de poesía *En Marte aparece tu cabeza*
Yo era tu pasado imperfecto
Omar Pimienta

grafógrafxs es una revista digital de creación literaria de la Universidad Autónoma del Estado de México, la cual aparece en enero, abril, julio y octubre. Su objetivo es publicar textos de poesía, narrativa, ensayo, crónica, traducciones y reseñas, y entender la escritura como un territorio intercambiable entre lectores y escritores. *Grafógrafxs* está dirigida a la comunidad universitaria y al público en general. Esta publicación universitaria tiene el propósito de fomentar el interés por la literatura entre los estudiantes de nivel medio superior y superior, por lo que no tiene carácter lucrativo.

La Navidad de Shaga
el Preclaro

Yoss

*Para Joe Abercrombie,
Grindark’s Master.
Para Raymond Chandler,
Harboiled’s Master.*

*Nadie escapa de la Parca.
Pero, en ocasiones, la Gran Segadora se permite elegir a al-
gunos mortales, que se han destacado entre todos sus semejantes.
Que sobresalen del montón, ya sea por la fuerza de su odio, por
su férrea voluntad, o por algo similar...
Y los envía de vuelta al mundo.
Una y otra vez...
Para ellos, tal don puede ser una inesperada recompensa.
Una anhelada segunda ¿o tercera, o infinita? oportunidad.
O una broma cruel. Y el peor de los castigos...*

—Eh, hablas casi tan bien como estuvo de sabrosa la cena de doña Calogera, Barbas...; sonó genial ese principio —admi- te la Gorda, tras un rotundo eructo, apartando sonoramente el plato de hojalata vacío, que hasta momentos antes contuvo el ex- quisito pavo relleno con manzanas, cortesía de la madre de don Enzo, matriarca indiscutible de los Molinari de Chicago—. Medio pretencioso..., pero también lleno de misterio, como una leyenda antigua... En fin, ¿épico? ¿Se dice así, no, Estudiante? Tú que eres el tipo leído y sabes de eso... Así que vamos a ver ahora cómo sigue tu historia... y mejor para ti que no te pierdas en muchos

rodeos, campesino..., o lo que te tiene reservado don Enzo para mañana te va a parecer un paseo, comparado con lo que te puedo hacer yo, que estoy aquí contigo, ahora. Esta podría convertirse en la peor Navidad de tu vida..., no sólo por la falta de nieve, y a pesar del banquete que su generosidad acaba de ofrecernos.

Jamás viene mal elogiar a aquel de quien depende tu vida. Aunque no te oiga... o eso parezca. Porque nunca se sabe; siempre podría haber micrófonos en el sótano.

Como algunas mujeres acostumbradas a alternar con hombres rudos y peligrosos, la Gorda ha acabado confundiendo vulgaridad con virilidad, matonería con valor, y amenazas encubiertas con elogios.

Característica que, combinada con su pelo corto y mal teñido de rubio, un par de decenas de kilos de sobra, hasta para alguien de su aventajada estatura, y el informe mono gris de mecánico y las maltratadas botas de trabajo que siempre usa, la vuelven lo menos femenino que imaginarse pueda.

Más el incongruente gorro rojiblanco que lleva hoy, hundido hasta sus pobladas cejas, terminan de volverla una visión bastante aterradora. Incluso para los suburbios de Chicago, donde hasta los niños crecen sin temor a Dios ni al Gobierno, en estos duros tiempos de ley seca y depresión.

Aunque también la convierten en candidata ideal para ser lo que es: una de los famosos Locutores de la Familia Molinari. Expertos en el dolor, que hacen hablar a los que no quieren hacerlo.

El hecho de que hoy, cuando todos prefieren estar rodeados por sus seres queridos, esperando a Papá Noel, la Gorda aguarde en este sótano oscuro que la cercanía del lago Michigan vuelve, además, frío y húmedo..., junto con Barbas y el Estudiante, y todos vigilados por Cicatriz..., revela que hasta los que más útiles le son a don Enzo Molinari, como sus Locutores, pueden incurrir en

su imprevisible desagrado, un día. Y acabar afrontando su famosa y temida ira, que no cree en feriados.

Es 24 de diciembre, vísperas de Navidad. Y, excepcionalmente, este año en Chicago aún no ha caído un solo copo de nieve.

Es como si la naturaleza misma estuviese esperando algo.

Aunque ni eso ha detenido a doña Calogera a la hora de horrear su pavo navideño de rigor..., que, como los Locutores de su hijo, tiene justa fama de no tener rival en Chicago.

Hasta el punto de que para muchos de la Familia Molinari hincarle el diente al volátil es el mejor momento del año.

Estén donde estén.

Y aunque para muchos sea, más bien, un plato del Día de Acción de Gracias.

Para complacer estamos los contadores de historias... Abrevio, pues, Gorda. Y entro directo en materia, si así es como lo prefieres.

¿Alguno de ustedes ha oído hablar de Shaga?

¿Al que una vez llamaron Mano Derecha de Gurma..., que es sólo otro de los muchos nombres de la Muerte?

¿Shaga el Preclaro?

¿Shaga... el Proscrito?

¿No?

¿Quizás, entonces, les suenen los nombres de Komal Matatigres, Torva el Pesado, Yamul el Fuerte, Glama el Justo, su hijo Tabul el Joven, o Vokran el Brujo? ¿Tal vez el de la bella Bilda?

Por sus rostros, diría que tampoco.

Shaga el Preclaro fue, quizás, el hombre más notable de su época.

Y sus enemigos... estaban a su altura.

Aunque, claro, todo eso pasó hace mucho mucho tiempo.

Nuestro héroe no fue un gran guerrero ni un cazador extraordinario. No era particularmente diestro con las armas. Tampoco

demasiado alto o bello. Si bien, como tantos de su tribu, los Cabellos de Sangre, destacaba por el color de su pelo.

Él sólo era... preclaro. Cauteloso y previsor como nadie. Poseía una especie de extraño don para intuir lo que iba a pasar, antes que la mayoría..., combinado con la habilidad de prepararse, cada vez, para convertirlo en oportunidad. Y, a menudo, de modos, hasta entonces, absolutamente inéditos.

—No, no, paleta..., no jodas —lo interrumpe el Estudiante, implacable, fumando casi con rabia de su inseparable y arrugado cigarrillo Pall Mall. Ni siquiera ha terminado su porción del pavo relleno..., que la mujerona rubia ya mira de reajo, golosa—. Que te veo venir. Y, Gorda, sí, estás clara: tiene un vago airecito épico la historia del Barbas..., pero ahora, seguro que este cultivador de maíz con pretensiones de cuentacuentos de feria nos sale con que el tal Shaga, aparentemente tan normalito, era un cruzado o un legionario romano, y que fue por ser tan bueno sirviendo a Gurma... o sea, la Gran Igualadora, cuando murió, que su patrona lo envió de vuelta a este mundo para que siguiera con su macabra cosecha. Y también que luego, como era tan precavido, cauto e innovador... inventó las armas de fuego y fue soldado de Napoleón, los aviones y marchó por Europa con los nazis y todo eso...

—Dejen hablar al hombrecito, mierda —gruñe Cicatriz, palmeando la culata de la negra Colt .45 que asoma, amenazadora, de su funda sobaquera. Él también ha terminado con su tajada de pavo y ahora observa, codicioso, la del Estudiante—. ¿O prefieren contar la historia ustedes? Igual tendrán que hacerlo mañana, cuando choquen con los bates, las nudilleras y los picahielos de los Locutores de la Familia. Y no creo que les gusten mucho esos regalos de Navidad que les ofrece don Enzo.

El centinela es un hombre bastante anodino, de estatura y complexión medias, con cabellos de un castaño común, que

empiezan a ralear bajo el ala del sombrero fedora, que parece remachado en su testa. Su único rasgo sobresaliente es ese lívido costurón en la mejilla izquierda, que le llega desde la ceja hasta casi la comisura de la boca, y al que debe su apodo.

Nadie recuerda su nombre real, si es que alguna vez tuvo alguno..., lo mismo que una madre, un padre, quizás hermanos. Si estudió en alguna parte, si fue algo más, antes de unirse a los Molinari.

Combinados con el traje café con finas rayas blancas y los zapatos de dos tonos, alias y cicatriz bastan para marcarlo como lo que es: el perfecto sicario de la mafia. Uno más de los que matan o mueren sin dudar, siguiendo las órdenes de don Enzo..., quizás porque no tienen nada mejor que hacer con su miserable existencia.

Pese a ser más alto que Cicatriz, casi de la misma aventajada estatura de la mujerona, el Estudiante es tan delgado como corpulenta la Gorda. Lo que, combinado con sus gafas de acero montadas al aire de gruesos cristales, el acento medio británico, alguna que otra palabrita demasiado sofisticada para los bajos fondos de la Ciudad de los Vientos, que desliza a cada rato en su discurso, delatora de cierta educación, los mocasines de ante y el traje de *tweed* arrugado, pero al que aún se le nota el buen corte, dicen bien claro que no nació en Chicago... y que ha vivido tiempos mucho mejores que el presente.

Como casi todo el país, por otro lado. Los treinta son años duros para la Gran América... y hasta para buena parte del resto del mundo. Navidad o no.

Si la mujerona es músculo, él es cerebro: todo un intelectual venido a menos.

Por años ha sido el contador de la Familia Molinari. El que ahora se halle en este sótano sólo revela que don Enzo alberga alguna que otra duda sobre su honestidad.

Siempre acaba haciéndolo con todos los que le sirven. Como si nunca creyera del todo en ningún ser humano. Y por eso es el don...

En cuanto al Barbas..., es bajo y ancho, viste un mameluco de lona azul y una vieja camisa Pendleton a cuadros rojinegros: el uniforme de cualquier destripaterrones del Medio Oeste.

Incluso va descalzo. Sus pies llaman la atención: son tan grandes y peludos que, si no fuera por el color rojo jengibre de ese vello rizado y espeso, bien podrían ser los del famoso y esquivo *Bigfoot*.

Sólo le faltan el sombrero de paja y el tallito de yerba en la boca para ser el perfecto *redneck*.

De hecho, salvo por esos pies peludos y el vello facial, igual de rojo naranja, y tan oscuro y denso que prácticamente le cubre todas las facciones, menos los ojos amarillentos y la gran nariz, curiosamente aplastada, otorgándole un aire algo simiesco..., sería tan anodino como Cicatriz.

Pero sin la huella de la herida a la que debe su apodo el sicario. O incluso más, tal vez.

Ninguno de los otros tres lo ha visto antes ni sabe por qué ha terminado encerrado con ellos en este sótano, esa noche. Aunque cada uno tiene su propia teoría al respecto.

La Gorda está segura de que es un destilador ilegal de licor de maíz que no pagó a tiempo su comisión a los Molinari, cuyas manos están en todos los negocios sucios del Medio Oeste.

El Estudiante ha dicho, entre susurros, que debe de tratarse de un soplón que la paranoia del don infiltró entre ellos, para saber lo que opinan de él.

Cicatriz no dice nada..., pero se nota que piensa que si el Barbas está ahí..., por algo será. Y no es asunto suyo, en todo caso.

No llegan muy lejos ni duran mucho, los que hacen preguntas en la Familia.

No, gente, el Shaga del que les hablo, ese gran adalid hoy tan injustamente olvidado, nació mucho antes de las Cruzadas y hasta que el Imperio romano. Antes, incluso, de que en Egipto los faraones erigieran las pirámides y de que en Sumeria descubrieran el cultivo de los cereales o domesticaran al buey y al caballo.

Vivió en lo que hoy llamamos Prehistoria. Antes de la palabra escrita.

Antes, también, por tanto, de que hubiera ruedas; cuando los hombres todavía temían al relámpago y al fuego, al terremoto y a la inundación, y por eso los convirtieron en deidades. Llamándolos Ulmo, Godan, Ymo y Altor. Y les ofrecían cruentos sacrificios, ansiosos por conquistar su buena voluntad.

Aunque la diosa más temida de todas era, por supuesto, Gurma: la Muerte.

La imposible de engañar. La que siempre acaba reclamando lo suyo... por más ofrendas o sobornos que reciba.

La historia de Shaga el Preclaro se remonta, insisto, a los auténticos albores de la humanidad. Cuando las tribus de velludos trogloditas aún se apretujaban en húmedas y oscuras cavernas que habían arrebatado a hienas, osos o leones, temblando de frío y de miedo, por la constante amenaza de otras bestias predatoras igual de formidables que acechaban fuera, ansiosas de devorar sus suaves cuerpos.

Cuando sólo comían lo que los cazadores abatían y las mujeres recolectaban... o a los mismos hombres y mujeres, si no había suerte y el hambre apretaba. Porque la agricultura y la ganadería todavía les eran desconocidas, como lo seguirían siendo por largos milenios, mientras que el canibalismo ya era compañero cotidiano...

Cuando Godan, el cálido fuego, era todavía una enigmática novedad, que daba agradable sabor a la carne jugosa de las

presas, la misma que antes comían cruda y endurecía las puntas de sus jabalinas y clavos..., pero también podía consumirlo todo si se le alimentaba demasiado o escapaba de su jaula de rocas.

Cuando aún no sabían de los metales, y hasta las puntas de lanza y los filos cortantes de piedra pulimentada constituían un lujo que sólo los jefes y sus guerreros elegidos podían permitirse. Cuando los tatatatatarabuelos de los perros de hoy todavía eran lobos ariscos, que apenas si se acercaban tímidamente a las hogueras de las hordas, reclamando los huesos a medio roer a cambio de alertar con sus alaridos si algún depredador más formidable que ellos mismos se aproximaba demasiado...

—Mierda..., habla que da gusto... este jodido palurdo —silba la Gorda, admirada casi a su pesar, mientras mastica la porción de pavo dejada por su compañero de encierro, y que él al fin le ha concedido, con un gesto casi señorial— ¿No crees, Estudiante? Parece que... una estuviera ahí, viendo a esos... primitivos... Vaya vida de mierda..., con tantas fieras... y hambre..., sin electricidad... ni autos, ¿eh?

—Ni pavo relleno navideño de doña Calogera... Suena asombrosamente vívido el relato, sí —reconoce el contador, reticente, acomodándose las gafas—. Sabe lo que dice, y ese vocabulario... es bastante inesperado: Sumeria..., albores..., piedra pulimentada. También con visos de fantasía, en esos dioses primigenios: Gumar, la muerte; Godan, el fuego... Por lo visto, Barbas pretende que creamos que el tal Shaga fue algo así como un protocampeón del Paleolítico Superior, anterior a Gilgamesh de Uruk, inclusive..., un completo absurdo antropológico; no hay registros escritos de esos tiempos...

—Pero al próximo que encuentre tiempo para interrumpir al campesino le disparo a la pierna. Que don Enzo sólo me pidió que los mantuviera con vida. No... sanos —advierte Cicatriz, desenfundando su enorme pistolón. Al cabo de un par de segundos de

completo silencio, añade, complacido—: Así me gusta. Calladitos, que se ven más bonitos... y es Navidad. Sigue, Barbas..., ya quiero saber lo que le pasó al tal Shaga. Y si me complace tanto el resto de tu historia como lo que he oído hasta ahora, te juro que haré lo posible para que no caigas bajo los puños de ningún locutor demasiado energúmeno. Como la Gorda... Y sí, Estudiante, no me mires con esa cara de sorpresa. Sé lo que es un energúmeno... y también lo que son los albores y los tigres dientes de sable esos. No eres el único con cultura aquí. Aunque no lo creas..., yo leo mucho. Novelas del Oeste, sobre todo..., pero también la *Amazing* y la *Weird Tales*... y siempre se le pega algo a uno.

—Traducido al buen cristiano, paleta: que si tu cuento le gusta, Cicatriz hará que mis colegas te maten sin mucho dolor —observa la Gorda, sarcástica y escéptica, chupándose los dedos—. Y yo, en tu lugar..., me aferraría mucho a esa promesa... Puede que sea tu mejor opción... —El clic del percutor de la .45 del centinela, al ser montado, la interrumpe. Pero la mujerona aún considera indispensable agregar, para hacer honor a su prestigio de tipa dura—: No lo interrumpí, ¿eh, Cicatriz?, si no ha comenzado a hablar todav...

El disparo, en el sótano cerrado, suena casi ensordecedor. Al Estudiante se le escapa un chillido poco menos que femenino, y se encoge como un perro esperando el golpe.

En cambio, la mujerona permanece callada..., bien que mirando, boquiabierta, el oscuro agujero en el suelo de tablas de pino, a sólo un par de centímetros de su bota derecha..., del que todavía se alza un fino polvillo de madera pulverizada.

En cuanto al Barbas..., ni siquiera ha pestañeado. El velludo pelirrojo sólo sonríe, como confundido. Y murmura una palabra de dos sílabas.

Que bien podría ser «quemar»... o algo muy cercano.

—Fue a propósito —hace notar Cicatriz, guardando el arma, tras soplar su cañón, superflua y ostentosamente, como los cow-boys del cine—. Nunca fallo cuando disparo con mi Jenny. Es la última advertencia. O se callan... o los callo yo. Habla, Barbas..., me encanta esa historia del cavernícola Shaga, sí..., no hay muchos relatos de hombres primitivos en las revistas. Ni al mismo Howard le gusta escribir de tiempos tan remotos..., pero tengo una curiosidad: ¿si tu Héroe, ¡pelirrojo como tú, vaya!, ¡qué coincidencia, no!, no era ni muy alto ni muy fuerte ni muy rápido, entonces, qué tenía de tan especial? ¿Cómo era, exactamente, eso de ser... preclaro? ¿Cauteloso e innovador?

Buena pregunta, Cicatriz. El secreto de Shaga es que, simplemente... veía un paso, o varios, más allá que los demás. Y, repito, que tenía su propia manera de hacer las cosas, también...

Cuando los otros cazadores de la tribu de los Cabellos de Sangre iban tras un oso de las cavernas, ansiosos por saborear su carne y su grasa, y de aprovechar su gruesa piel, se limitaban a seguir su pista durante días y luego arriesgaban la muerte, enfrentando las garras y dientes del gran bruto.

Mientras que nuestro héroe prefería apostarse en los rápidos y vados del Río de las Tres Cataratas, donde todos sabían que las terribles bestias peludas pescaban salmones..., y así podía echar mano a alguno de sus graciosos cachorros, cuando más distraídos estaban.

Sabedor de que las madres, furiosas hasta la locura, lo perseguirían, guiándose por los desesperados gruñidos de sus crías..., sólo para caer en alguno de los profundos fosos, con lanzas clavadas en su fondo, que él había cavado, previsoramente, días antes.

Y entonces, ya sólo era cuestión de rematarlas...

Muchos cazadores, por supuesto, refunfuñaban que ese no era modo leal de luchar y que Shaga faltaba el respeto a Jovre, el Hermano Oso..., pero en ningún hogar había más carne que en el

suyo. Mientras que su mujer, la hermosa Bilda, y sus dos hijos..., cuyos nombres no tienen relevancia en esta historia, estaban fuertes y gordos como pocos.

Además, después de todo, en la tribu de los Cabellos de Sangre, Jovre tampoco era el dios principal, como sí ocurría entre los Ojos Torcidos, por ejemplo.

Cierta vez, otra tribu vecina, los Cabezas Planas, desafió a los Cabellos de Sangre por los derechos de pesca de anguilas en un rico meandro del Río de las Tres Cataratas.

El combate parecía inevitable.

Pero mientras ambas filas de guerreros, enfrentadas, ya se gruñían y amenazaban con sus lanzas y clavas, sin decidirse ninguno a atacar aún, se adelantó Komal Matatigres de entre las filas de los enemigos, y desafió a cualquier Cabellos de Sangre a enfrentarlo para así decidir la querella entre ambos, sin más muertes ni heridas.

Komal, por supuesto, estaba seguro de que nadie aceptaría su reto... y de que, incluso si así fuese, siempre vencería. Pues no sólo era el hombre más formidable de los Cabezas Planas, sino de todo el Valle de las Cascadas, sin discusión.

Ni entre los Ojos Torcidos o los Piernas Chuecas había ningún guerrero que pudiera comparársele. Alto como una montaña al final de una llanura, la triple huella del zarpazo de uno de los tantos grandes gatos rayados que había abatido, y que cruzaba su rostro, volvía su expresión incluso más feroz, si tal cosa cabe.

Y ¡ah, sus músculos! Era fornido como un roble: dos guerreros comunes no habrían podido levantar siquiera su temible maza erizada de nudos, que él a veces blandía con una sola mano...

—Buenos nombres, esos de las tribus del tal valle: Cabezas Planas, Cabellos de Sangre, Ojos Torcidos, Piernas Chuecas... Se ve que entonces muchas acababan siendo conocidas por el

modo en que las llamaban sus enemigos, que jamás sería muy halagüeño. Pura antropología. Y ese Komal; parece todo un Goliath..., aunque lo de las cicatrices es para halagarte a ti, obviamente —comenta el Estudiante, cínico, dirigiéndose al guardián de los tres—. Lo que, si nuestro Shaga acaba a ese gigantón Matatigres con una piedra de su honda, les juro que yo ya no...

—Komal tendrá más suerte que tú, si te disparo al vientre —dice, muy tranquilo, el sicario del traje marrón con rayas blancas—. Porque tardará mucho más que Gumar la Muerte te acoja, Ombligo Sangrante..., si no te callas. Y ya mismo.

No..., no se conocían las hondas ni los arcos y las flechas, todavía, entre los Cabezas Planas ni los Cabellos de Sangre. Nadie había oído hablar, tampoco, de Abraham o Saúl, de David o Salomón, en aquellos remotos tiempos. Ni mucho menos de Jehová, señor de los ejércitos.

Ah, no; en esos días, como les dije, aunque ya los hombres conocían el fuego, con todas sus magníficas ventajas y peligros, aún ignoraban cómo encenderlo, y por eso lo adoraban, como Godan...

Pero, Estudiante..., en realidad, no andas tan desencaminado. Podría decirse que la historia de Shaga y Komal inspiró a la de David y Goliath, en cierto modo.

Porque nuestro héroe, cuya frente apenas llegaba a la altura del esternón del enorme Matatigres, también se adelantó, sin miedo, pese a las carcajadas despectivas de su imponente rival y sus colegas. Y no blandía una pesada clava ni tampoco lanza de gruesa asta y filosa punta de piedra..., sino cuatro ligeros dardos de hueso.

Los primeros que jamás fabricara hombre alguno, tal vez.

Pero con ellos venció fácilmente a su gigantesco adversario... sin acercársele nunca a menos de diez pasos.

El primer proyectil se lo clavó a Komal en el muslo izquierdo, obligándolo a arrodillarse, con la pierna herida incapaz ya de sostener su peso. No era un golpe mortal, claro... ni tampoco lo fue el segundo, que le hundió en el hombro derecho. El Matatigres seguía blandiendo su aterradora maza con la mano restante, perdiendo sangre con cada bravata y rugido de furia..., así que Shaga, prudente, aún esperó un poco a que la hemorragia lo debilitara... y entonces, acercándose algo más, para no fallar, le perforó la garganta con el tercero.

Aunque todavía fue preciso que el cuarto dardo atravesara el ojo del campeón de los Cabezas Planas para que el gigante dejara de moverse y suplicar por la piedad que él mismo nunca concedió a ninguno de los muchos adversarios que antes derrotara.

Y los de su horda, honrando el anuncio de su abatido adalid, se retiraron en silencio y cabizbajos, arrastrando el impresionante cadáver..., mientras que los demás Narices Planas se llevaban a hombros de vuelta a la caverna de la horda al victorioso Shaga, riendo y aclamándolo, felices.

Ese fue el día que ganó su nombre: el Preclaro.

Pero Torva el Pesado y Yamul el Fuerte, los dos mejores guerreros de su tribu, no reían ni aclamaban tanto como los demás, cuando lo llamaban así...

—La puta envidia, siempre —gruñe Cicatriz, sin poder contenerse—. Por eso es que don Enzo nunca descansa; desde que los Molinari se volvieron la primera familia de Chicago, desbancando a los Puzzo y los Filipelli, que todos consideraban más fuertes, el hijo de doña Calogera tuvo muy claro que sus enemigos acechaban su menor debilidad..., y perdona la interrupción, Barbas; culpa mía, ahora, pero no lo haré más.

No me molesta, Cicatriz. Tampoco a Shaga lo tomaron por sorpresa las miradas furiosas de Torva y Yamul ni sus cómplices cuchicheos posteriores.

Podría decirse, incluso, que los había previsto...

Así, cuando una noche, poco más de una semana más tarde, el Pesado y el Fuerte se deslizaron en silencio hasta su rincón de la gran caverna tribal, con los puntiagudos puñales de cuerno de ciervo aferrados entre sus manazas sudorosas..., no encontraron el cuerpo dormido e inerme del Preclaro ni las frágiles anatomías de Bilda y sus hijos.

Sino una cuerda tensa que, apenas la tocaron, liberó un pesado leño erizado de púas, que los barrió a ambos... sin matarlos, pero quebrándoles y desgarrándoles las piernas, de tal manera que nunca más volvieron a dar un solo paso sin cojear de modo patético.

Fue la primera trampa de péndulo de la historia.

—Mierda..., se las traía... y se las llevaba el tal Shaga.
—Ahora es la Gorda quien no puede contenerse. Aunque al menos se limita a susurrarlo.

De todos modos, Cicatriz la mira, reprobador.

Oh, sí, nuestro héroe era prudente..., pero nadie puede preverlo todo. Y, así, no tuvo en cuenta que el líder de la tribu de los Cabellos de Sangre, Glama el Justo, también alentaba reparos contra su repentina popularidad, que ya amenazaba con eclipsar la suya propia... y quizás hasta su misma jefatura.

Porque la previsión resulta efectiva contra la furia ciega y la arrogancia..., pero no tanto contra las arteras maquinaciones, que también suelen concebir un resultado concreto de su red de intrigas.

Con pleno apoyo de su brujo, el astuto y rencoroso Vrokan, el mismo que un día codiciara a la hermosa Bilda, aunque ella

acabó eligiendo como pareja al Preclaro, cuando aún no lo era..., el envidioso jefe de la horda acusó a Shaga de privarles de dos de sus mejores hombres con su «exceso de celo» y «mañas deslea-les»... y lo desterró, declarándolo proscrito.

Ahora, todo el que lo encontrara cerca del Río de las Tres Cataratas podría matarlo, sin temor a ninguna clase de castigo.

Fue también por consejo del artero Vrokan que Glama retuvo en la caverna a la hermosa Bilda, junto con los niños que ella había tenido con Shaga..., para evitar, según anunciaron, que el expulsado pensase siquiera en tomar represalias.

Se apropiaron, además, jefe y hechicero, de aquellos tres grandes aportes a la naciente técnica cinegética humana: la trampa hoyo y la de péndulo, y el ligero dardo arrojadizo de hueso.

¿Hay que sorprenderse, entonces, de que apenas un par de lunas más tarde, en una cacería de caballos, Glama el Justo muriera horriblemente, arrollado bajo los veloces cascos? De una manada que, cuando ya se dirigía al alto acantilado desde el que se despeñaría, para surtir de carne y piel a la tribu durante meses..., de pronto cambió de dirección. Por culpa, según se supo después, de varios misteriosos proyectiles, que se clavaron en las grupas de los cuatro sementales guías, asustándolos.

Eran de una hechura que nadie había visto antes, como dardos muy ligeros con un extremo emplumado..., y los testigos del suceso aseguraron que habían llegado volando desde un bosquecillo, situado a una distancia imposible...

¡Fueron las primeras flechas!

Y el gran error de Shaga..., no matar también a Vrokan.

—Habla, Estudiante, o vas a reventar —concede, irónico, Cicatriz, arrebatándole diestramente de entre los dedos el humeante *Pall Mall* que el excontador de los Molinari acababa de encender—. ¿Qué te parece?

—No sólo fue un campeón, sino todo un héroe cultural. Un protoinventor: trampa hoyo, de péndulo, dardos, arco y flecha...; sólo le faltó crear la rueda y los metales. Más que un David, el tal Shaga tuvo que ser todo un Dédalo —escupe el aludido, limpiando maquinalmente sus gafas de gruesos cristales, a falta de cigarrillo—. ¿Saben quién fue ese, no, gente?, el que construyó el Laberinto de Creta, del que escapó volando, junto con su sobrino Ícaro, gracias a unas alas artificiales que fabricó con plumas y cera... y luego el joven murió, en la caída, cuando se le derrieron, por acercarse demasiado al Sol..., pero eso no interesa tanto ahora. Lo que cuenta es que, para los griegos, Dédalo fue el inventor del hacha segur, el nivel, el serrucho, los primeros autómatas y un montón de herramientas útiles más...

—Una vez conocí a un griego —dice, nostálgico, Cicatriz—. Arístides algo... Cocinaba bien, pero quiso engañar a la Familia... Ahora está en alguna parte del lago... con zapatos de cemento.

—Eso no tiene nada que ver —insiste el Estudiante—, pero Dédalo mató a su sobrino por celos artísticos, y por eso tuvo que huir de Atenas...

—Mejor cállate, cuatro ojos —lo amenaza la Gorda, alzando el puño—. Podemos vivir perfectamente sin saber todo eso. No sé cómo no te revienta la cabeza con tanto conocimiento. Sigue, Barbas..., y acaba de entrar en la parte sabrosa, donde Shaga se vuelve asesino, ¿no?

—Eso, a callar. Y tú, Barbas, a la sangre —coincide Cicatriz, apremiando al velludo narrador pelirrojo.

Oh, sí, ¿cómo lo adivinaron?...; sangre hubo.

Y mucha.

Incluso sin prueba alguna de que el Proscrito estuviese implicado de algún modo en la muerte del jefe de los Cabellos de Sangre... y sin que él tampoco intentara regresar por la caverna de

la tribu, Tabul el Joven, el hijo del difunto Glama, decidió, como represalia por la muerte de su padre..., degollar a Bilda y a los hijos que la bella había tenido con el Preclaro.

Algunos dicen que la idea también vino de Vrokan, y que el viejo y manipulador hechicero antes había intentado, nuevamente en vano, que la esposa de Shaga le concediera sus favores...

Pero no consta.

Lo que sí resulta innegable es que Tabul decretó que la carne de madre e hijos por igual fuese el último aporte al bien común de la horda..., así como que luego ordenó clavar en sendas lanzas sus tres cabezas, para que el escurridizo proscrito supiera lo que le esperaba si alguna vez osaba acercarse de nuevo por el valle.

Aunque no parece haber funcionado. Pues cuentan que, poco después, una noche de tormenta y sin mucha lluvia, cuando tras el relámpago de Ulmo nació en el bosque el fuego salvaje de Godan, se le vio llorando su terrible pérdida, recortado contra las llamas del incendio incontenible, que consumía ambas riberas del Río de las Tres Cataratas.

Y que, en su dolor, danzaba y saltaba, como un loco, dando grandes voces a Altor, Godan, Ymo y Ulmo, la temible tétrada de la destrucción.

Aunque nadie pudo entender qué les pedía, porque todos ya huían de las llamas letales, la furia desatada de Godan.

O puede que sólo rogase a Gurma, para que lo acogiera en su seno frío.

¿Quién sabe!

Dicen que varios relámpagos hirieron al Proscrito, azotándolo desde el cielo, y que su cuerpo así lacerado ardió como hecho de paja seca... hasta que tembló la tierra misma, y una ola helada del Río de las Tres Cataratas, desmadrado de su cauce por el sismo, lo apagó y arrastró sus restos...

Desde ese día, ningún humano volvió a ver a Shaga, el que una vez fuera el Preclaro. Ni a los Cabellos de Sangre ni a ninguna otra tribu del Valle de las Cascadas.

Sin embargo, pronto los mejores guerreros de Tabul el Joven empezaron a morir, uno tras otro, en astutas y crueles emboscadas...

Mientras que algunos cuchicheaban que detrás de sus muertes estaba Shaga..., al que dejaron de llamar el Proscrito, como mismo habían dejado de referirse a él como el Preclaro.

Porque, ahora... ya se había convertido en la Mano Derecha de Gurma.

Y, por más que le prepararon trampas ingeniosas, nunca caía en ellas, sino que las burlaba todas.

Hasta que, un día, los Cabellos de Sangre capturaron a un cazador al que nadie nunca había visto. Era alto, moreno y barbudo; o sea, en nada parecido al Preclaro..., pero Vrokan el Brujo lo miró a los ojos y farfulló que podía ser él mismo, transformado por las artes oscuras del odio... Así su miedo y el de Tabul ganaron... y el forastero fue quemado, creyendo que así terminarían con lo que ya muchos llamaban «la maldición de Shaga»...

Pero, a la mañana siguiente, mientras las cenizas grises de la pira sacrificial aún humeaban, amanecieron degollados dos de los primos del joven jefe de los Cabellos de Sangre... y cuando el aterrado brujo ordenó desenterrar los huesos calcinados del extranjero muerto..., nadie fue capaz de encontrarlos.

Alguien murmuró «renacimiento», y Vrokan sugirió, entonces, que el Proscrito había hecho un pacto con Gumar, la Gran Segadora..., para luego desaparecer de la tribu..., cuentan que aterrado de ser la próxima víctima.

Muy a tiempo..., porque a la semana siguiente también Tabul el Joven apareció muerto en su lecho de ricas pieles, con cuatro ligeros dardos de hueso atravesando su negro corazón...

Dicen que el cobarde Vrokan aún vaga por el mundo, siempre huyendo de Shaga..., que lo persigue, sin tregua. Hasta que, un día...

El segundo disparo es tan atronador como el primero.

Pero, ahora, del agujero abierto por la bala calibre .45 de Jenny no brota polvo de madera.

E, interrumpido en mitad de su relato, con expresión desconcertada, el Barbas se desploma, con la frente perforada y medio cerebro destruido.

El color de la sangre que mancha el suelo casi se confunde con el de sus cabellos.

—Pero ¿te volviste loco, Cicatriz? —ruge la Gorda, más atónita que temerosa—. Cuando don Enzo sepa que...

El tercer balazo, con perfecta puntería, también atraviesa su frente. Y la mujerona se desmadeja, como una marioneta a la que súbitamente le cortaran los hilos.

Porque ni los Locutores son inmortales...

El Estudiante se acurruca en un rincón, se quita las gafas y empieza a chillar. Es un ululato agudo, de pura impotencia, que amenaza con llenar todo el sótano, del mismo modo que la mancha de líquido tibio que aparece en sus pantalones y se le desliza piernas abajo va extendiéndose desde sus empapados zapatos.

Entonces, Cicatriz hace el cuarto, el quinto, el sexto disparo... hasta llegar al octavo y último proyectil del cargador de su semiautomática, cuya corredera se adelanta, con seco chasquido.

Y todas las balas van a golpear el cadáver del Barbas.

—Lo siento, de veras, Estudiante. No tengo nada contra ti... ni tampoco contra ella. Aunque ningún locutor me cae demasiado bien —admite el sicario, frío, apuntándole al contador con la pistola aún humeante, seguro de que el miedo no le permitirá darse cuenta de que ya no le quedan municiones—. Personalmente, creo

que don Enzo se equivocó contigo, y que tus números siempre han sido claros. Pero no puedo dejar testigos. ¿Entiendes?

—En... tiendo —susurra el contable de la mafia, con voz trémula y aninada. Sostiene, entre sus manos temblorosas, las gafas de montura metálica y gruesos cristales... como si creyera que al no ver el peligro estará a salvo de él, de algún modo—. Entonces, tú... ¿eres Shaga? ¿La Mano Derecha de Gurma? Y ¿toda la historia... era real?

—Me temo que no has entendido nada. —Cicatriz sonríe, y por un instante hay siglos en su gesto—. Yo no soy aquí el héroe..., sino el malo; el Brujo, su supuesta presa..., que hoy quizás le gane definitivamente la pelea al Proscrito... porque de nuevo el muy idiota cometió el error de hablar demasiado. —Sin dejar de apuntarle al intelectual, el hombre con traje y sombrero mira en derredor, pensativo—. Quizás lo mejor sea quemarlo todo, para variar. Van ya cinco veces que mato al maldito Preclaro, en todo este tiempo. ¿Sabes, Estudiante? Por suerte, siempre lo he reconocido de lejos, porque el maldito imbécil nunca pensó siquiera en cambiar su aspecto... Tal vez fuese alguna estúpida promesa hecha a su Bilda, una condición *sine qua non* de su pacto con Gurma, o qué sé yo. Pero cada vez dispuse de su cadáver de un modo que me parecía definitivo. Entre los persas de Darío, lo cubrí de cal viva; en el Cartago de Amílcar Barca, lo hundí en el Mediterráneo dentro de un ataúd de plomo; en la rebelión de los Cipayos, lo quemé y luego dispersé las cenizas en un cañonazo..., pero todas en vano: el terco hijo de puta, de alguna manera, siempre se las arregló para volver... Realmente la Muerte lo debe haber elegido, de algún modo...

—En muy breve lo sabrás, Vrokan —lo interrumpe el Estudiante. Sólo que ahora su voz no tiembla... y su espalda está erguida. Mucho más que antes—. Te has vuelto muy astuto, con el

tiempo, lo reconozco. Sobre todo, desde que descubriste que siempre regreso. Aprendiste las ventajas de tener un perfil bajo... Aquí en América, te seguí desde el incidente de Roanoke, pero perdí tu pista en la Guerra Civil. Hasta que algo me dijo que podrías estar en la Ciudad de los Vientos; siempre te ha gustado vivir a la sombra de los poderosos porque tienes alma de parásito y secuaz, no de jefe. Necesité algunos años para estar seguro de que eras tú, sirviendo a los Molinari... y otros para encontrar y contratar a este campesino y hacer que se aprendiera la historia de Shaga. La Gorda era toda una hija de perra, como lo son todos los Locutores..., pero fue toda lástima la muerte del Barbas..., era bueno contando, el paleta, y su *whisky* de maíz, una auténtica delicia. Confié en poder salvarlo, casi hasta el final. Pero no se hace una tortilla sin romper algunos huevos, ya sabes..., y siempre has sido un tanto paranoico. Igual valió la pena... y, ¡total!, si perdí muchos más amigos cuando Roma cayó ante los godos...

—Espera, espera. ¿Roma? ¿Los godos? ¿Qué mierda estás diciendo, idiota? Tú nunca estuviste en... —masculla Cicatriz gesticulando amenazadoramente con la pistola descargada..., aunque ya su otra mano palpa, nerviosa, la sobaquera en busca de otro cargador— y Shaga... era el Barbas, ¡tenía que ser él! Si hasta parecía uno de los nuestros, con ese pelo...

En su nerviosismo, el sicario ni siquiera se ha dado cuenta de que ya no está hablando inglés..., sino otra lengua, mucho más arcaica, que suena como hecha a medias de puros gruñidos.

Ni tampoco de que su cuerpo, antes alto y enjuto, poco a poco se está como condensando, y sus ralos cabellos grises espesándose y llenándose de reflejos rojizos.

—Todos aprendemos... tarde o temprano —observa el Estudiante... en la misma lengua y experimentando una metamorfosis parecida—. Tú siempre cambiabas..., así que yo también acabé

descubriendo cómo hacerlo. Aunque reconozco que me llevó milenios... Gurma siempre fue generosa conmigo, cuando de tiempo se trataba...

Al fin, los temblorosos dedos de Cicatriz-Vrokan aferran el nuevo cargador lleno de balas calibre .45. Pero, antes de que pueda introducirlo en la culata de Jenny, ya el Estudiante-Shaga se ha movido...

—Por Bilda —susurra.

...y, despojada de su cobertura de goma, una de las patas de acero de sus gafas se hunde en el ojo del Brujo.

Profundamente.

Tan profundamente, de hecho, que los gruesos vidrios se salpican, no sólo de sangre, sino también de los humores vítreo y acuoso del globo ocular reventado.

El largamente prófugo hechicero de los Cabellos de Sangre cae al suelo, convulsionando descontroladamente: la larga y fina púa metálica ha alcanzado su cerebro.

—Shaga..., hijo... de perra —alcanza a balbucear, incluso así—. Te veré... de nuevo..., te lo juro... Gurma... tampoco me negará... la venganza...

—No..., es muy probable —concuerda con él el Preclaro, con una infinita tristeza en cada palabra, mientras recupera la improvisada pero letal arma—. Odias lo suficiente..., aunque te falte valor. Pero igual te enviará de vuelta, como siempre me ha enviado a mí... No obstante, ¿te cuento un secreto?...: yo ya no estaré aquí esperándote. Tu condena es el precio de mi libertad. ¿O será al revés? Este va a ser tu primer viaje, Brujo..., pero el último mío. Feliz Navidad, Vrokan..., y hasta siempre. De todo corazón, te deseo todo el aburrimiento de la eternidad..., muriendo y renaciendo una y otra vez..., pero sin nada por lo que vivir. Hasta que reúnas valor para hacer lo mismo que yo, ahora... Espérame, Bilda...

Con las últimas palabras, Shaga el Preclaro se clava él mismo la ensangrentada púa a través del ojo derecho, y se desploma, sonriendo, junto al cadáver ya inmóvil de su histórico enemigo.

Entonces, afuera, comienza a nevar: una vez más, Cristo ha nacido.

Nadie escapa de la Parca.

Pero, en ocasiones, la Gran Segadora se permite elegir a algunos mortales, que se han destacado entre todos sus semejantes. Que sobresalen del montón, ya sea por la fuerza de su odio, por su férrea voluntad o por algo similar...

Y los envía de vuelta al mundo.

Una y otra vez...

Para ellos, tal don puede ser una inesperada recompensa. Una anhelada segunda ¿o tercera o infinita? oportunidad.

O una broma cruel. Y el peor de los castigos...

3 de enero de 2024.

YOSS, seudónimo de **JOSÉ MIGUEL SÁNCHEZ GÓMEZ** (La Habana, 1969). Narrador, ensayista, divulgador científico y antologador. Es licenciado en Biología por la Universidad de La Habana. Ha impartido cursos de narrativa en Chile, Inglaterra, Andorra, España, Italia y Cuba. Es considerado una de las voces más renovadoras e importantes de la ciencia ficción en lengua hispana. Entre sus premios literarios se encuentran Juventud Técnica (Cuba, 1987), Universidad Carlos III (España, 2003) y Julia Verlanger (Suiza, 2012). Textos suyos aparecen en diversas revistas y antologías y han sido traducidos al inglés, francés, italiano, alemán, neerlandés, japonés, ruso, búlgaro, polaco, chino, gallego y bengalí. Cuenta con más de 50 títulos publicados.

Cuatro poemas de
*La cicatriz de la selva**

Almudena Vidorreta Torres

Hápax

Palabra documentada una sola vez
MARÍA MOLINER

No supe del miedo hasta que tú naciste,
miedo inusual, mortal dolencia,
cuanto más miedo, más miedo,
cuanto más miedo, más fuerte
la pérdida de sal en este cuerpo.
Dicen que jamás habrá más hijos,
que contigo se acabó
la posibilidad infinita,
el amor pleno;
que no hay merecedor mayor de vida
salida de mi carne, de este antro
de humor defectuoso y flema enferma.
Por eso te amo más, si es que es posible,
de lo que se ama al vocablo único,
como quien atesora en lugar predilecto
a la especie en extinción extraordinaria,

* (La Bella Varsovia, 2025).

al más perfecto animal
de toda la creación,
a la más milagrosa criatura
de todas cuantas fueron concebidas,
al hápax,
al portento.
Te conviertes en palabra
repetida por increíble
a fuerza de empeñarme en tu existencia.
Tú, que traes la vida y muerte de tu mano,
que muerdes el pezón con entereza
e insistes en beber de esta mi fuente
que dijeron seca sin remedio,
obras el milagro y te alimentas
y en vez de vaciarme,
así lo han dicho los médicos,
me llenas, me desbordas,
me ayudas de nuevo a nacer.
Yo ya no soy más que una madre suspensa,
una hablante frágil que te mira,
que te nombra y que se calla.
Al final, por el momento,
las dos nos hemos salvado.
Nos hemos dado la vida
mutuamente.
Qué más.

Advertencia

Puede que al salir de tu escondrijo
te sorprendan, como a mí, los alacranes,
que el espectáculo no te entretenga
y a menudo la impostura te incomode.
También, probablemente, tengas miedo,
se te frustre la pasión advenediza
y preguntes sin descanso las razones
por las que hay depredadores, ruido, bestias.
Verás en cuanto salgas
adentro de la selva por mi herida
que conviene entrenarse en fortaleza,
león, marmota, avión y caramelo.
Así te aprenderé y cuando leamos
un día entenderás que, hasta nosotros,
que te hicimos de todo el amor,
de todo el deseo y las ganas,
somos animales imperfectos
y, con eso del instinto que supura
de estas pieles de raza furiosa,
si hemos de morder, mordemos,
sobre todas las cosas, por ti.

Injerto

Has hecho de mí el cerezo aquel
que daba guinda amarga.
Vuelta en fruta dulce,
la yema de mis dedos se hace tuya,
recolectora insaciable, babosa
que todo lo devoras y lo aprietas
con la certeza naciente
de quien no ha pisado el mundo,
y yo te entrego la vida
con la desaprendida sorpresa
que en tus ojos refulge.
Nuestras manos son flores,
como el frutal del abuelo
que visitan los pájaros;
mis muñones, un injerto
de tu puñito cerrado.
La ciencia de los árboles
sin más.

Pienso, luego orbito

Dicen que el universo
es un ser pensante,
un cúmulo de estructuras
como neuronas.
Es precario el conocimiento,
los saberes, efímeros,

como planetas errantes
y asteroides helados.
Anduvimos en la sombra
buscando esa respuesta
que en el fondo de los flujos
ya nos dijimos.
Nace toda estrella
en el vientre de una madre
y parece hembra la fuerza
de la gravedad.
Iguales, cielo y cuerpo,
para admirarse
y observar con estupor
su entraña viva:
cúmulos y supercúmulos
de galaxias como células,
emociones como supernovas,
enfermedad como agujero negro.
Y perseguir su expresión
con la palabra torpe
siempre en órbita.
El lenguaje es una ráfaga interestelar,
el hijo pródigo de la existencia,
prueba del misterio cósmico
con su latido incandescendente.
Un meteorito en la boca.

Semilla y cicatrices (nota de la autora)

Quienes la sienten entenderán esa pulsión de proseguir el hilo tras una palabra, una frase que se queda agazapada, prendida a la mente y que aflora una y otra vez. Fotografías, apuntes, recibos y postales, alguna que otra etiqueta, envoltorios. Atesoramos restos de la experiencia por si su magia aviva en la imaginación el dibujo de un tiempo pasado. Incluso las investigaciones tienen a veces ese poder de alumbrar imágenes, alimentar metáforas. En ello anduve, leyendo a poetisas latinoamericanas del siglo XX mientras recorría Argentina con estudiantes norteamericanos. Iguazú me regaló el sintagma de la *cicatriz de la selva*. Después, Mar del Plata me devolvió a Alfonsina Storni y su poema «Un sol», del libro *Irremediablemente* (1919): «Amor que fructifique mi desierto / y me haga brotar ramas sensitivas, / soy una selva de raíces vivas, / sólo el follaje suele estarse muerto».

De aquello empecé a escribir cuando, en 2018, estuve a punto de morir después de dar a luz en Manhattan. Por despiste o por descuido, el equipo médico pasó por alto una patología rara que, a los pocos días de convertirme en madre, me estaba matando. Aunque el déficit de cortisol me nublabla el juicio, desde el momento en que empecé a recuperarme comencé a planear cómo podría contarle aquello, algún día, a mi pequeña, y todo lo demás que aún no sabía. Un puñado de cartas fallidas dieron comienzo a parte de esta colección, un ejercicio terapéutico, por más que hubiera rehuido la idea de la escritura como cura durante años. No puedo eludir la poesía, es mi forma de ser y de mirar, por lo que la retórica natural de aquellos intentos daba lugar a versos, más que a renglones o epístolas. Hice de la catarsis semilla. Y luego vino la

vida, con más alegría y más dolor. Escribí de lo que no era capaz de hablar.

Este era el primer libro sin ficciones, sin el mágico *si* alentando la invención. Pero hay verdades en sus páginas que se han vuelto mentira cuando el tiempo les ha quitado la razón a doctores, a mi cuerpo y a mí misma. Y no importa. Un nacimiento, dos abortos, dos muertes y una existencia anterior rememorada; poemas que aglutinan miedos, lecturas, cuidados, genealogías, esperanza... «Y perseguir su expresión / con la palabra torpe / siempre en órbita».

ALMUDENA VIDORRETA TORRES (Zaragoza, España, 1986). Se doctoró en Filología Hispánica por la Universidad de Zaragoza y en Literatura Latinoamericana por la Universidad de la Ciudad de Nueva York. Sus libros más recientes son *Nueva York sin querer* (La Bella Varsovia, 2017); *Un safari de interior* (Olifante, 2022), dedicado al público infantil, y *La cicatriz de la selva* (La Bella Varsovia, 2025).

El hombre del futuro

José Manuel Ríos Guerra

Cuando un científico eminente pero anciano afirma que algo es posible, es casi seguro que tiene la razón. Cuando afirma que algo es imposible, muy probablemente está equivocado.

ARTHUR C. CLARKE

Crecí bajo el cuidado de mi abuelo. Mis padres siempre estaban de un lado a otro, ocupados en sus negocios y haciendo cuentas todo el tiempo. El abuelo se jubiló de la universidad, donde daba clases de filosofía, cuando yo tenía tres años y se hizo cargo de mí.

Todos los días me despertaba, me preparaba el desayuno y me llevaba a la escuela. En la tarde iba por mí y comíamos juntos. Después se ponía a leer el periódico o algún libro mientras yo hacía la tarea. Si tenía alguna duda, el abuelo la resolvía de inmediato. Cuando terminaba los deberes, salía a jugar con mis vecinos mientras él tomaba una siesta. En la noche, antes de dormir, me leía una historia.

Una vez al mes lo acompañaba a la universidad. Él iba a saludar a sus amigos y a sacar libros de la biblioteca. A mí me gustaba ir porque las secretarias me consentían con dulces y porque me agradaba ver que el abuelo no podía caminar libremente por los pasillos de la facultad: a cada paso alguien lo detenía para darle la mano, un abrazo o para hacerle una pregunta.

Sabía que mi abuelo era una persona importante (había libros que tenían su nombre en la portada) y yo quería ser importante también. Por eso era el que más estudiaba de mi salón. Les caía mal a todos mis compañeros y nadie me hablaba o, mejor dicho, me hablaban sólo para molestarme. Eso no me importaba. Todos los malos ratos se compensaban por el gusto que me daba ver la cara de satisfacción del abuelo cada que iba a recoger mis calificaciones.

Él siempre era paciente conmigo. Un domingo hice un berrinche porque papá había quedado en enseñarme a andar en bicicleta, pero como había llovido todo el día me dijo que teníamos que esperar hasta la próxima semana. Le dije, entre lágrimas, que no importaba que me mojara.

—A ti no, pero a mí sí me importa mojarme —me contestó y me quedé sin argumentos.

El abuelo me mandó llamar. Cuando entré a su cuarto, se estaba poniendo una chamarra, luego tomó un paraguas y me dijo:

—Tienes que aprender que la mayoría de las veces las cosas no van a suceder ni se van a hacer cuando tú digas.

Le dije que sí, pero ese día las cosas pasaron y se hicieron porque yo quise. Salimos de la casa, yo con mi bici y él con su paraguas. Caminamos hasta el estacionamiento de un centro comercial que acababan de clausurar. Después de muchas caídas, aprendí a andar en bici.

Los sábados íbamos al parque México. Nos sentábamos a darle de comer a las palomas. En uno de esos sábados, el abuelo me enseñó a jugar ajedrez.

—Como eres en el ajedrez, eres en la vida —me dijo una tarde en que yo huía con mi rey por todo el tablero esperando sacar tablas.

Yo no sabía cómo interpretar sus palabras. Pero intuí que debía tirar mi rey, y cuando lo hice el abuelo me vio con orgullo.

Cada quince días íbamos al Estadio Olímpico a ver a los Pumas. El abuelo siempre hacía corajes cuando el equipo rival salía a la cancha y la gente empezaba a gritarles groserías y a chiflar mentándoles la madre.

—Somos sus anfitriones; debemos comportarnos como tales —decía con un volumen de voz suficiente para que sólo yo lo escuchara.

La última vez que fui con él, yo acababa de cumplir diez años y jugaban los Pumas contra el América. El estadio estaba lleno. Los universitarios perdían dos goles a cero y faltaban cinco minutos para que terminara el partido.

—Vámonos —me dijo—, esto ya no tiene remedio. Sirve que llegamos a tiempo para comer con tus papás.

Yo no quería irme, pero tampoco podía objetar nada porque la tarde del domingo era el único momento en que convivía con mis padres. Estábamos a punto de tomar el túnel de salida cuando me sujetaron del hombro con tanta fuerza que casi me tiran. Me volví para ver quién había sido y me sorprendió ver que era una persona casi idéntica al abuelo.

—No te vayas todavía: te vas a perder el empate de los Pumas —me dijo y yo corrí para alcanzar al abuelo.

Le pedí que esperáramos, que un viejito, muy parecido a él, me había dicho que los Pumas iban a empatar.

—¿Estás diciendo que estoy viejo?

Me puse rojo. ¿En verdad el abuelo no sabía que era un viejo? ¿Cuánto tiempo llevaba sin verse en un espejo? Tal vez mucho porque siempre andaba despeinado. Yo calculaba que el abuelo, sin exagerar, debía tener como doscientos años.

Desde el pasillo vimos cómo el equipo empató. El estadio era una fiesta y terminamos empapados por la cerveza que aventaban todos los aficionados. Mientras caminábamos hacia el auto, yo

buscaba por todos lados al anciano que había predicho el empate, pero no lo encontré.

—¿Cómo pudo saber el resultado, abuelo? —le pregunté y estaba seguro de que sabría la respuesta porque él lo sabía todo.

—La explicación más lógica es que sólo lo dijo por decir y le atinó. Pero también puede ser que ya supiera el resultado porque es un hombre que viajó en el tiempo y viene del futuro.

—¿Se puede hacer eso, abuelo?

Él me miró con ternura y me dijo, mientras me acariciaba la cabeza, que eso era imposible.

—Si hubiera viajeros en el tiempo, ya tendríamos a algunos entre nosotros, ¿no crees?

El abuelo no creía en nada: ni en Dios ni en el diablo; ni en los fantasmas ni en los extraterrestres; ni en la reencarnación ni en la vida después de la muerte. Yo, en cambio, creía en todo: no me gustaba dormir con la luz apagada porque cada sombra se convertía en un monstruo, y las pocas veces que salíamos de viaje me la pasaba viendo el cielo porque estaba seguro de que en cualquier momento aparecería un ovni. Para mí era perfectamente posible que un hombre viniera del futuro sólo para decirme que los Pumas iban a empatar.

La semana siguiente el abuelo se cayó de las escaleras. Cuando los paramédicos lo llevaban en la camilla, le dije a mi padre que no quería ir a la escuela, que prefería estar con el abuelo.

—Ve a la escuela. Nos vemos en la tarde —me dijo el abuelo.

Cuando salí de clases, me quedé una hora esperándolo. Era la única forma de fingir que todo seguiría igual, pero sabía que eso era imposible. Caminé hasta mi casa, en donde nadie me esperaba.

El domingo le supliqué a papá que me llevara al estadio. Quería encontrarme con el hombre del futuro y pedirle que viajara en el tiempo para que le dijera al abuelo que tuviera cuidado

con las escaleras. Papá dijo que no, que teníamos que ir al hospital, que cómo se me ocurría querer ir a un partido de fútbol.

Después de dos semanas dieron de alta al abuelo, pero ya no se hizo cargo de mí. Mis padres contrataron a una enfermera para que lo cuidara, y yo empecé a irme solo a la escuela.

Seis meses después de la caída, el abuelo murió. Al funeral fueron sus amigos, las secretarías de la facultad y sus exalumnos. Los periódicos que él acostumbraba leer se llenaron de esquelas en las que lamentaban su muerte. El sacerdote dijo que ahora el abuelo estaba en un lugar mejor. Si el abuelo hubiera estado vivo, le habría dicho que se equivocaba, que luego de la muerte no hay nada.

Semanas después, en la escuela, la maestra nos preguntó cómo imaginábamos que sería el hombre del futuro. Algunos compañeros empezaron a describirlo: será más alto, más fuerte, tendrá un chip integrado en el cerebro y así hablará por teléfono y se conectará a internet, vivirá más de cien años.

Levanté la mano y, cuando la maestra me dio la palabra, dije:

—El hombre del futuro será un viejo muy parecido a mi abuelo.

Todos se empezaron a reír. La maestra mandó llamar a mis padres porque mis calificaciones habían bajado y porque algo andaba mal en mí. Encontraba cualquier pretexto para hablar del abuelo y de un hombre del futuro muy parecido a él.

Mis padres me llevaron con un psiquiatra. Pronto entendí que sólo debía dejar de hablar del hombre del futuro y fingir que había superado la pérdida del abuelo para que me dejaran en paz.

Cuando salí de la secundaria, papá, como regalo de graduación, me llevó al estadio. Ir con mi padre era aburrido porque en ese entonces a mí ya no me interesaba el fútbol. Además, papá era el primero en abuchear a los rivales y se la pasaba hablando todo el encuentro: me describía lo que pasaba en la cancha como si yo

no lo estuviera viendo. El abuelo siempre guardaba silencio. Yo me imaginaba que para él un partido de fútbol era casi como una partida de ajedrez. Cuando terminó el juego, mientras caminábamos a la salida, recordé al hombre del futuro. Intenté contenerme, pero no pude. Le enseñé a mi padre dónde lo había visto. Él me dijo que seguramente había sido mi abuelo.

—¿Y cómo sabía que los Pumas iban a empatar? —me defendí.

—Sólo lo adivinó. Tal vez ni siquiera recuerdas bien qué fue lo que pasó. No puedes confiar en tu memoria. La mente nos engaña todo el tiempo.

Ir al estadio cada quince días se convirtió en una rutina, pero a ninguno de los dos nos interesaba: era la forma que teníamos de que hubiera algo en común entre nosotros. Esa tradición duró hasta que recibí una beca para estudiar física en Estados Unidos.

Pretextando el excesivo trabajo que tenía, en las clases primero y en el Instituto de Física de la universidad después, prácticamente no iba a México. Cada quince días recibía una carta de papá. En ella pegaba un recorte de periódico con los marcadores de la jornada y con la tabla general de la liga de fútbol. No le importaba que yo pudiera consultar esos datos por internet o que, por la tardanza del correo, los resultados ya fueran irrelevantes.

No extrañaba a México ni a mis padres. A quien sí extrañaba era al abuelo. Algunas mañanas me despertaba con la sensación de que lo iba a ver, pero pronto me daba cuenta de que eso no podía ser. Las pocas veces que viajaba a México, visitaba su tumba y el parque México. La ciudad no era la misma ni tampoco yo. Muchas cosas cambiaron. El mundo en el que crecí había desaparecido. Lo que antes parecía imposible, ahora estaba cada vez más cerca. Las revoluciones científicas se daban cada lustro. La

humanidad extraía minerales de la Luna y pronto poblaría Marte. La conquista del espacio se convirtió en un hecho.

Afortunadamente, nunca me casé ni tuve hijos. Así me pude dedicar de lleno a la ciencia. Cuando a los cuarenta años inventé la máquina del tiempo, el primer viaje que hice fue para ver una vez más a mi abuelo.

En la universidad me advirtieron que debía seguir los protocolos de seguridad y que las cosas no iban a suceder cuando yo quisiera. Que no sabían cuáles eran las consecuencias de viajar al pasado. A mí no me importó. Escogí el último día que fui al estadio con mi abuelo para decirle que tuviera cuidado con las escaleras y para resolver el misterio del hombre del futuro.

Cuando llegué al pasado y salí de la máquina me dolía todo el cuerpo. Parecía como si hubiera terminado de correr un maratón. Supuse que era uno de los efectos de viajar en el tiempo.

Llegué al Estadio Olímpico y durante todo el partido estuve buscándome a mí y buscando al abuelo y al hombre del futuro. Cada vez me era más difícil moverme. No sabía bien qué era lo que me pasaba, mi mente estaba confusa y a mis ojos les costaba enfocar. Cuando faltaban cinco minutos para que terminara el partido, vi que el abuelo iba caminando hacia el túnel. Intenté alcanzarlo, pero increíblemente él era más rápido. Tropecé y tuve que tomar del hombro al niño que era yo a los diez años. Le dije (me dije) que no se fuera, que se perdería el empate de los Pumas. Lo dije porque de esa forma el abuelo se esperaría y así podría verlo. Vi cómo me echaba a correr e intenté seguirme, pero los Pumas metieron el primer gol y la gente empezó a brincar de un lado a otro. Cuando por fin iba a llegar al pasillo en donde estaba mi abuelo, los Pumas anotaron el segundo gol. Una vez más la gente me impidió llegar. Sentí un mareo y me desplomé.

Desperté en una ambulancia. Un paramédico me preguntó mi nombre, mi edad, mi dirección. Cuando le dije que tenía cuarenta años, se volvió a ver a su compañero y comentó:

—Hay que llevarlo al hospital.

—No, por favor. Necesito encontrar a mi abuelo.

—Está delirando —dijo como si yo no pudiera escucharlo.

Me llevé las manos a la cara y las vi arrugadas. Le pedí al paramédico que me diera un espejo. Vi mi reflejo: mi rostro estaba arrugado, mi cabello era escaso y canoso. Era idéntico a mi abuelo. Poco a poco sentí cómo iba perdiendo fuerzas. Eso era la muerte. Mi abuelo no lo sabía todo: viajar en el tiempo era posible, aunque sus efectos fueran devastadores. Tal vez el abuelo también se equivocó en otras cosas, tal vez sí haya vida después de la muerte. Si es así, pronto estaré con él.

Unos adidas azules

José Manuel Ríos Guerra

Para Ovidio

Era medianoche cuando Miguel tomó el microbús que lo dejaría en su casa. El camión estaba casi vacío: en la parte delantera iban dos tipos con los trajes desgastados; en el centro había cuatro personas. Miguel decidió sentarse atrás.

El micro arrancó y se inició un duelo musical entre el chofer, que puso un disco de cumbias, y uno de los pasajeros, que escuchaba reguetón en su celular. Miguel estaba tan cansado que, a pesar de la música, se quedó dormido. Un payaso subió y su llegada dio tregua al ruido. Miguel se despertó.

—Buenas noches, señoras y señores, damitas, caballeros. Mi nombre es Pipo. Sólo soy un triste payaso que viene a molestarlos por unos segundos, esperando robarles una sonrisa.

Miguel trabajaba en una imprenta. A veces los pedidos le llegaban sin aviso y tenía que hacer guardia toda la noche para revisar las pruebas de color y la impresión. El negocio marchaba mal, por eso regresaba temprano. No iba a cenar, ese era un lujo que no había tenido en mucho tiempo. Metió la mano en el bolsillo y sólo encontró una moneda. Su mano callosa no pudo distinguir si era de un peso o de cincuenta centavos. Pensó en su hermano Javier y en que tendría que pedirle dinero prestado para acabar la quincena. Tocó de nuevo la moneda. Intentaba adivinar: si es

de un peso, me va a ir mal; si es de cincuenta centavos, me va a ir bien. La sacó: le iba a ir bien.

Miró a Pipo y le pareció un payaso improvisado. Su atuendo cumplía los requisitos del oficio: peluca multicolor, saco amarillo, nariz y pantalón rojos. Pero algunas cosas no encajaban: tenía demasiado maquillaje en la cara, llevaba barba y bigote de rafia y unos tenis adidas azules que cualquiera desearía.

Pipo empezó una adivinanza que aspiraba a ser un chiste:

—¿Qué tiene alas y no vuela, ojos y no ve, pico y no pica?

Miguel pensó un momento sin atinar la respuesta.

—¡Un pájaro muerto! —dijo al fin Pipo mientras soltaba una horrible carcajada.

El payaso pasó a cada lugar a pedir dinero. Miguel no quería cooperar, no porque lo considerara un mal cómico, sino porque sentía que era humillante entregarle sólo cincuenta centavos.

Pipo no recibía nada. Miguel dudó: ¿y si el payaso se ofendía por los cincuenta centavos? Debía tomar una decisión.

Metió la mano en su bolsillo, sacó la moneda y se la dio.

—Es todo lo que traigo —se arrepintió al decirlo, pero ya era demasiado tarde.

Pipo no lo escuchó o no le dio importancia. De sus ropas sacó una pistola y amenazó:

—¡Ahora sí, hijos de la chingada! No pude robarles ni una sonrisa ni un peso, ¡ahora les robo todo, bola de culeros!

Miguel sintió miedo, recordó a su hermano diciéndole:

—Si te asaltan y no traes dinero, aguas, porque en una de esas te rompen la madre.

Pipo despojó a todos de lo que traían: la cuenta del chofer y el celular del reguetonero fueron lo mejor de su colecta. Cuando se acercó a Miguel, este iba a decirle que ya no tenía dinero, que los cincuenta centavos que le dio eran lo único en su bolsa,

además, no tenía para ir a trabajar mañana y hoy dormiría sin cenar.

—Tú no te preocupes, carnal, tú eres banda —le dijo el payaso, sin dejarlo hablar.

Pipo se bajó y echó a correr. El micro se llenó de murmullos y del llanto del reguetonero. Más adelante había una patrulla y los pasajeros le pidieron al chofer que se detuviera. Miguel estaba a una cuadra de su casa y decidió bajarse a caminar. La gente lo vio y empezó a gritar que él era cómplice de Pipo, que no lo habían asaltado y que además era palero de sus chistes malos. Entonces la noche se alargó: era imposible hablar con los policías y mucho menos sobornarlos.

No lo dejaron hablar por teléfono y lo metieron en una celda que apestaba a orines. Pasó una hora sentado, tratando de olvidar el hambre y el frío. Pensaba que Javier no se preocuparía por su ausencia, ya que no sería la primera vez que faltaba a la casa. Se recostó y quiso dormir, pero no pudo. Recordó el chiste del payaso y al pájaro muerto. ¿Qué le habrá sucedido?, se preguntó. Tal vez murió por tanta contaminación, o quizá voló en un campo de beisbol y chocó con la pelota lanzada por un pitcher, o sólo murió de viejo o de inanición. Luego pensó en que seguramente Pipo ya se encontraba en su casa, que ya había cenado y estaba a punto de dormir.

Miguel dormitaba cuando escuchó su nombre. Un policía le hablaba desde la reja y le abría la puerta.

—Ya se arregló tu asunto —le dijo.

—¿Cómo que ya se arregló?

El policía señaló la salida. Miguel vio a Javier.

—Vámonos —le dijo su hermano.

—¿Cómo supiste que estaba aquí?

—Me lo dijo un pajarito.

—Me acusaron de...
—Sí, ya lo sé. Todo está arreglado, no te preocupes.
Salieron de la delegación y fueron a cenar.
—¿Y desde cuándo tienes tanto dinero?
—¿Por unos tacos que te invito?

Tomaron un taxi que los dejó en su casa. Miguel no entendía cómo ahora estaba a punto de dormir en su cama y con el estómago lleno. Se empezó a desvestir y vio que los tenis que Javier se estaba quitando eran unos adidas azules que cualquiera desearía.

JOSÉ MANUEL RÍOS GUERRA (Tulancingo, México, 1980). Estudió Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Es autor de *Yo no me llamo Manuel* y *La literatura es cosa seria*.

La verdad sobre el caso Ilenka

Yoss

Desde hace algunos días, varios órganos de prensa digital de diversos países, en español y otras lenguas, me han solicitado, y de manera bastante insistente, que, en mi calidad de escritor de ciencia ficción medianamente famoso, me pronuncie sobre el reciente escándalo de Ilenka y sus posibles repercusiones en el futuro.

Algunos sitios web han llegado a insinuarme jugosos honorarios a cambio de sólo expresar mi punto de vista..., mientras que otros, inclusive, no titubearon en prometerme adelantos aun más sustanciales si reforzaba sus propias visiones del asunto..., todas más bien sensacionalistas y hasta algo apocalípticas, a decir verdad.

De modo que, al fin, he decidido acatar el viejo refrán... y, ante tanta insistencia, no oponer más resistencia. Pues ¿a qué escritor no le halaga que se consideren importantes sus opiniones? No en balde tenemos fama de ser los campeones de la egolatría, entre todas las artes.

Si bien, por otro lado, también soy muy consciente de que se trata de un tema en extremo polémico y respecto al cual, por lo tanto, será tarea muy difícil, si no imposible, sentar cátedra con objetividad... y mucho menos contentar a todos los implicados en este candente argumento.

Es decir, que corro grave peligro de ser linchado en las picotas digitales, así como de perder toda la reputación y credibilidad que

he acumulado a lo largo de mi ya no tan breve carrera literaria, si mi parecer no resultase del agrado de ese árbitro tan veleidoso como implacable que es el sentir popular de hoy.

No obstante, aunque de los cobardes sí se ha escrito un poco... y hasta bueno —¡véase, si no, *La roja insignia del coraje*, de Stephen Crane!—, son los audaces, incluso los temerarios, los que marcan la pauta. Y a sus filas me uno, orondo.

Así que permítaseme, ante todo, para acometer esta tarea de Sísifo, comenzar recapitulando, aunque sea de modo sucinto, los hechos en cuestión...

Empeño superfluo, mayormente, me parece, pues difícilmente quede aún, en estos momentos, en la Tierra, alguien que no esté al tanto del escándalo que estalló hace apenas una semana, en ocasión de la más reciente edición de los a menudo discutidos y discutibles premios Óscar.

Sería extraño que alguien no haya leído ya petabytes de valoraciones, chismes y hasta fánfics sobre las asombrosas revelaciones del novel director Wilson González cuando caminó por la alfombra roja y subió al estrado para recibir no sólo sus estatuillas doradas a la mejor película y mejor director, ambas por su reciente superproducción, el biopic de época *La condesa sangrienta*, sino también la correspondiente, en el rubro de mejor actriz principal, a la protagonista de dicho filme.

Esa misma a quien, ya desde semanas antes de la noche crucial, la crítica cinematográfica especializada, siempre pródiga en epítetos elogiosos con aquellos a los que acoge bajo su ala protectora, se complacía en llamar, por su deslumbrante belleza y *sex appeal*, la Diosa Pelirroja.

Conocida también, en irónica referencia a su alta estatura y característica heterocromía pupilar, como el Semáforo Divino, por sus escasos detractores, ¡que nunca faltan!

Aunque siempre, cosa rara, partidarios y enemigos a la vez se hacían todos lenguas del casi sobrehumano desempeño histriónico de la joven norteamericana en el filme de González.

Me refiero, por supuesto, a Ilenka Ávalos.

A quien, lo confieso sin ningún pudor, aquí y ahora..., yo también encontré incomparable y absolutamente seductora, antes de conocer su asombrosa condición.

Y la sigo encontrando, incluso ahora, lo advierto.

Imposible no enamorarse de ella viéndola interpretar a la enloquecida aristócrata magyar que asesinó a cientos de jóvenes para bañarse en su sangre, creyendo así mantener a raya a la vejez y la fealdad: ¡qué mirada!, ¡qué aplomo!, ¡qué presencia escénica!

¡Qué mujer!

Me consta que no era el único... ni la única —¿o debo decir le únique?— que suspiraba al verla. O, como dicen los españoles, se moría por sus huesos.

Por eso me quedé atónito, lo mismo que todos los asistentes a la glamorosa ceremonia, así como los miles de millones que, en todo el globo, la seguían por TV, dado que tradicionalmente es el programa no seriado con mayor *rating* mundial, al escuchar la sorprendente confesión del joven cineasta chicano, apenas se acercó al micrófono para pronunciar el clásico discurso de agradecimiento por su galardón:

¡Ilenka Ávalos no existe! aulló, más que dijo. Para luego, con los ojos casi fuera de sus órbitas, agregar: ¡El estudio me obligó a trabajar con una CGI generada por IA!

Una declaración que, tal vez, pudo hasta haber pasado como chiste o *boutade* irónica, sin mayores consecuencias..., si no fuera porque, apenas salieron de la boca de González esas dos incendiarias frases, la transmisión de TV se cortó..., supuestamente, por problemas técnicos.

¡Ja! La más vieja y conveniente de las excusas del amplio arsenal de justificaciones de la más desvergonzada censura televisiva.

Las palabras de González podrían, inclusive, haber sido olvidadas... si no fuese, también, por los enérgicos desmentidos oficiales emitidos, menos de 24 horas después, por Netflix y la MGM, productoras de *La condesa sangrienta*. Y cuyos portavoces autorizados insistieron unánime y firmemente en la existencia real de Ilenka Dávalos, llegando a alegar «un trastorno de bipolaridad no diagnosticado» como causa última de las sorprendentes declaraciones de González, la víspera. Padecimiento a consecuencia del cual, por supuesto, había tenido que ser internado para recibir el adecuado tratamiento..., por lo que, obviamente, no se encontraba en condiciones de comparecer de forma pública.

Tal negativa fue una pésima decisión, desde mi punto de vista, porque ya se sabe cómo funciona la opinión popular ante esta clase de rumores: si los de arriba lo niegan solemnemente, entonces es que algo de cierto debe haber en todo el asunto.

¡Y vaya si había!

No es de sorprenderse, entonces, que se alzara una auténtica ola de reclamaciones del público, llegadas, Internet mediante, desde todos los rincones del planeta, y en más de un centenar de lenguas: la gente quería ver a Ilenka González; convencerse de que la rutilante nueva diva de la pantalla grande era real, de carne y hueso. Y no viéndola en un filme ni como invitada al *show* de Conan O'Brien o siquiera el de Oprah Winfrey..., sino en vivo y, de ser posible, bien de cerca.

En otras palabras: solicitaban una comparecencia pública de la Diosa Pelirroja.

Y aquí el estudio y los productores volvieron a equivocarse al guardar un obstinado y desconcertante silencio. ¡Más les habría

valido alegar una indisposición de la joven estrella o incluso algún prejuicio religioso que la incapacitara para presentarse ante multitudes! Cualquier cosa, menos callar como callaron. Porque quien calla, otorga..., y demuestra la historia que, una vez lanzados a la senda de la mentira, hay que seguir recorriéndola... o todo se descubre, y más temprano que tarde.

Así que, primero con cierta reluctante timidez, luego cada vez con más indignación, a medida que se sentían envalentonados, en tanto que partes de una mayoría creciente, los cinéfilos del mundo entero siguieron presionando... hasta llegar a exigir «evidencias incontestables» de la existencia carnal de su nuevo ídolo del séptimo arte.

¿Por qué Netflix y la MGM no tuvieron, entonces, el buen juicio de contratar a una cualquiera, de las miles de aspirantes a estrellas que pululan por Hollywood, para que interpretase a Ilenka, y acallara así el clamor público?

No me atrevo a pensar, dado el laaaargo historial de alteraciones de la realidad (por no decir flagrantes mentiras) que ha distinguido a la Fábrica de Sueños de la soleada California, en su casi siglo y medio de existencia, que los detuviera ninguna clase de escrúpulos morales.

Más bien sospecho que, dadas las excepcionales características del físico de Ilenka: un ojo azul y otro verde, cabello rizado y color zanahoria, largo hasta los tobillos, 1.98 m de estatura, y sus exuberantes medidas corporales de 95-55-95..., a sus embarazados creadores les resultó imposible encontrar alguna sustituta convincente.

Porque hasta el maquillaje y la cirugía estética tienen sus límites. Pelucas, rellenos y pupilentes son capaces de lograr maravillas, todo el que haya alguna vez asistido a un evento de *cosplay* lo sabe... y no dudo que fuera posible imitar el perfecto rostro de la

Dávalos, su nariz deliciosamente respingona y hasta sus generosos y provocativos volúmenes..., pero ¿todo eso en una anatomía femenina de casi 2 metros, además? Ni con zancos... Y la lipoescultura lleva su tiempo de convalecencia, por si fuera poco.

Incluso, yendo un paso más allá, me atrevo a imaginar que el escándalo en torno a la Diosa Pelirroja no fue algo casual ni espontáneo, sino parte de una campaña astuta y perfectamente premeditada por parte de los poderosos estudios y la misma Netflix. Para librarse, de una vez y por todas, de su enojosa dependencia de los caprichos de un puñado de divas y divos temperamentales, ingratos personajes a los que sus mismas campañas de promoción encumbran y endiosan..., y lograr, finalmente, la ansiada independencia total.

O sea, dejar atrás la esclavitud y el gasto enorme de pagar a los actores, como años atrás se prescindió, primero, de los expertos en maquetas, gracias al CGI, y luego de los guionistas, merced a las primeras IA capaces de generar textos «a la medida».

Porque, ya se sabe: las IA no reclaman salarios más altos ni jornadas laborales más breves, y tampoco se unen a los sindicatos.

Si ese era el plan..., felicitaciones: lo han logrado y al 100 %. Ilenka Dávalos es, al menos en pantalla, por completo indistinguible de una muchacha de carne y hueso. Sólo es más grande, más seductora... y con un repertorio de miradas y expresiones faciales que da ciento y raya al de las más versátiles actrices, como Glenn Close y Meryl Streep.

Más perfecta, en dos palabras.

Por si fuera poco, buena parte del mito..., a estas alturas bien podemos llamarlo así, me parece..., ya surgido en torno al Semáforo Divino, con sólo un filme en su haber, residía, además de en su indiscutible belleza, en sus excepcionales condiciones atléticas.

Las mismas que, según proclamaba orgulloso el Departamento de Promoción del estudio, le habían permitido filmar, ella misma, y sin necesidad de dobles, cables de suspensión ni efectos digitales, no sólo el largo combate a florete de su personaje, la sanguinaria condesa húngara Erzsébet Báthory, con Monseñor Farnessi, el inflexible legado papal enviado por Roma para poner fin a sus crímenes..., y que, para muchos, constituye la mejor escena de acción del último decenio..., sino también la posterior persecución por los tejados del castillo y luego a caballo, por los campos circundantes, y a nado, por el lodoso Danubio, antes de ser finalmente capturada y reducida.

El estudio filtró que la joven Dávalos había cambiado su auténtico apellido para proteger a sus padres, pues provenía de una acomodada familia del Oeste... —¿Nuevo México, Texas, Arizona?— dueña de una extensa finca, que incluía grandes praderas, ríos y lagos..., de modo que prácticamente había aprendido a nadar y a mantenerse en la silla de un caballo antes de dar sus primeros pasos.

Por si fuese poco, también había destacado, desde su más tierna infancia, tanto en patinaje artístico como en gimnasia deportiva, antes de alcanzar su aventajada estatura de adulta. Incursionando, entonces, con resultados más que regulares, y justo gracias a dicha altura poco común, lo mismo en deportes de equipo con pelotas, como baloncesto y voleibol, que en varias disciplinas de combate no consideradas tradicionalmente muy femeninas..., como tiro con arco, esgrima con florete y taekwondo, por sólo citar algunas de ellas.

Asimismo, declararon que hablaba con fluidez español y francés, además de su inglés nativo. Que tocaba aceptablemente el piano, bailaba con soltura y jugaba ajedrez lo bastante bien como para rendir la norma de Gran Maestro Internacional a los 19 años.

O sea, que desde todos los puntos de vista... era una mujer excepcional. No sólo una belleza tonta y hueca.

Como para que cualquiera se enamorase de ella.

¿Recuerdan los pretenciosos titulares? «¡Scarlett Johansson y La Roca encuentran a Jet Li y Nadia Comaneci!», «¡Ilenka, la mujer de los sueños de todos los hombres; belleza, destreza y fuerza aunadas a talento interpretativo, en perfecta armonía», «¡Sufran, Sarah Bernhardt y Greta Garbo: su reinado, que parecía eterno, hoy llega a su fin... y la usurpadora es pelirroja y tiene los ojos de colores diferentes!».

Y de repente... este golpe. La cruda realidad. La estafa.

Por supuesto, no faltaron los que gritaron que siempre lo habían sabido. Que el Semáforo Divino era demasiado perfecto para ser real. Que, por muchos milagros que hiciera el bisturí, con rinoplastia, blefaroplastia y cualquiercosaplastia, no era posible que existiese una mujer que aunara, de manera tan perfecta, la exuberante sensualidad neumática de las Kardashian y Nikki Minaj con la sutil picardía de Marilyn Monroe y la promesa de sexo desaforado de las mejores reinas del porno.

Y bien..., pues nos toca aceptarlo: Ilenka Dávalos no existe. Nuestra nueva diva es un fraude. Tan falsa como un billete de seis dólares. Su exquisito físico, su delicada fisonomía... no vienen de hombre y de mujer, sino que son todos generados por los circuitos de una IA, basándose en sondeos de opinión masculina, muy probablemente.

Su biografía, también confeccionada paso a paso por los analistas de los estudios y Netflix, sus increíbles habilidades... son igualmente espurias.

¿Y qué? ¿Por qué rendir semejante culto a una supuesta autenticidad... que resulta más bien falsa? ¿Acaso no se operan, en estos tiempos, todas las actrices, presentadoras de televisión,

cantantes y hasta mujeres en general? ¿O algún varón ingenuo se cree todavía que los senos talla F se han vuelto más frecuentes de forma espontánea, lo mismo que los labios de *goldfish* y las naricitas respingadas?

¿Molesta el artificio? Pues prohíbanse también los maquillajes y las pestañas postizas, los tintes de cabello y las extensiones. Por no hablar de la ropa interior con rellenos estratégicos y engañadores, y hasta los tacones altos.

Ilenka Dávalos, de hecho, y por escandalosa y desmesurada que parezca su impostura, ni siquiera es el primer caso. Ya hace un par de décadas, en 2002, Andrew Niccol presentó la profética *S1m0ne*, donde Al Pacino era un director de cine —¿su alter ego?— casi caído en el olvido, pero que recupera su prestigio creando a una bella y talentosa actriz sintética..., aunque interpretada por la bella Rachel Roberts.

Luego llegaron Siri y Alexa, y todos nos acostumbramos a sus voces a la vez sensuales y fríamente eficientes, y a que nos organizaran la vida.

Entonces, ahora ¿por qué tanto protestar por Ilenka? Sobre todo, considerando que el mismo cine, siempre representándose a sí mismo, nos avisó con tiempo de sobra de lo que venía. Si en *El último héroe de acción* el duro policía interpretado por Arnold Schwarzenegger era colega de una reconstrucción holográfica del Humphrey Bogart en *Casablanca*. Si en la visionaria fantasía *dieselpunk Captain Sky and the world of tomorrow* Ewan McGregor, Gwyneth Patroll y Angelina Jolie comparten cartel nada menos que con una reconstrucción digital del gran Laurence Oliver..., ¿cómo nos asombra y/o ofende de tal manera la existencia de la Diosa Pelirroja?

Aceptémoslo: la temida singularidad ha llegado, y no sólo las IA están ya entre nosotros..., sino que no podemos vivir sin ellas.

Predigo nuevos y ultrataquilleros filmes del Semáforo Divino. A fin de cuentas, toda publicidad, mala o buena, sigue siendo publicidad. Y tampoco me extrañaría que la Diosa Pelirroja, como auténtico ente sobrehumano, se desdoblara en nuevos avatares: rubia, castaña, morena —¿quizás hasta albina o calva?—. ¡La imaginación es el límite!

Entonces, yo acudiré al templo de la sala oscura a recibir la comunión de su presencia..., y de nuevo apuesto a que no seré, ni mucho menos, el único feligrés.

24 de abril de 2024

NOTA FINAL DE LA REDACCIÓN: *Tras recibir este texto de Yoss, han llegado a nuestro conocimiento diversas declaraciones de otros escritores de la mayor de las Antillas que cuestionan la existencia real del cultivador de la ciencia ficción más conocido y publicado de su isla. Según muchos de ellos, la persona originalmente bautizada como José Miguel Sánchez Gómez, nacido en 1969 y graduado de licenciatura en Ciencias Biológicas en 1991 por la Universidad de La Habana, no puede materialmente ser autor de los más de medio centenar de títulos, entre novelas, colecciones de cuentos, antologías, libros de ensayo, de poesía y de divulgación científica, en cuyas cubiertas aparece su nombre, y que totalizarían más de un millón de cuartillas y cerca de 30 millones de palabras.*

Por lo que se sospecha que el tal José Miguel, en realidad, no ha hecho más que prestar su imagen para dar mayor credibilidad a una IA literaria que, en rigor, sería la auténtica creadora de tan extenso corpus literario.

A la espera de que se demuestre o refute tan insólita proposición, ofrecemos a la consideración de nuestros lectores el ¿relato?, ¿ensayo?, ¿crónica? anterior. Queda a ustedes juzgar, entonces, si creen posible que lo haya producido un programa informático o si debemos atribuir su autoría a un ser humano...

YOSS, seudónimo de JOSÉ MIGUEL SÁNCHEZ GÓMEZ (La Habana, 1969). Narrador, ensayista, divulgador científico y antologador. Es licenciado en Biología por la Universidad de La Habana. Ha impartido cursos de narrativa en Chile, Inglaterra, Andorra, España, Italia y Cuba. Es considerado una de las voces más renovadoras e importantes de la ciencia ficción en lengua hispana. Entre sus premios literarios se encuentran Juventud Técnica (Cuba, 1987), Universidad Carlos III (España, 2003) y Julia Verlanger (Suiza, 2012). Textos suyos aparecen en diversas revistas y antologías y han sido traducidos al inglés, francés, italiano, alemán, neerlandés, japonés, ruso, búlgaro, polaco, chino, gallego y bengalí. Cuenta con más de 50 títulos publicados.

Lecciones de gramática para escribir una nota suicida* (fragmento)

Ilallalí Hernández

10

Mijael y yo vimos todas las películas de la Muestra Internacional de Cine. Conocí lugares para caminar por las mañanas. Fuimos varias noches a la librería del parque, hojeamos libros sentados en los cojines de la sala infantil y compramos varias novelas. Aprendí a jugar dominó, a disfrutar la cerveza artesanal muy espesa y a preparar pasta con camarones. Sin embargo, todas las actividades se vieron opacadas. Hoy por la mañana algo cambió. «Pronto regresa André». Cuando Mijael pronunció esa frase, colocó una gran distancia entre nosotros. No recordaba a ninguna persona que no fuéramos los dos. Tras pensarlo mucho, recordé que era su amigo a quien se le murió la mamá.

—No se le murió. No se te mueren las personas, ella se suicidó. De todas las mujeres del mundo, no lo esperaba de ella —me dijo con un tono áspero.

Su respuesta me extrañó, parecía venir de otra persona; sin embargo, seguí escuchando con atención cuando me contó que, tras el suicidio de su madre, André se marchó a Sudamérica a

* Editorial Salto de Página, 2024.

pasar una temporada con su padre. Mijael habló de la muerte con tal... ¿cómo decirlo?, ¿pasión?, ¿dolor? Parecía estar confesando un secreto guardado. La efervescencia en sus palabras me hizo sentir celos y después culpa.

Hoy pasamos la tarde en un departamento al sur de la ciudad, ventilando las habitaciones para el regreso de André. Cuando corrí las cortinas todo parecía congelado, ese lugar estaba suspendido en el tiempo a la espera de nosotros. No podía mover nada de lugar, ni siquiera el polvo. Entré a la habitación de la madre y ahí encontré una agenda con letra ordenada. Me dio curiosidad. Sin mucho pensarlo, la guardé en mi bolso. Al lado dejé una libreta repleta de dibujos horribles de muñecos sin ojos.

Mijael dijo que la mujer había sido psicoanalista. Habló de su inteligencia y de su sensualidad. Se suicidó tras la quimio.

—Dejó de levantarse, incluso de leer. Es tan absurdo, ella ni siquiera fumaba, bueno, lo hizo de joven. Sólo le gustaba el vino tinto, el de su tierra, no el español. Practicaba yoga, madrugaba, era atlética. Fue un cáncer inexplicable.

Me contuve de contarle la teoría de Berta sobre el cáncer, los sentimientos y los secretos. Mijael siguió recordándola. Al final, habló de la nota suicida que dejó. Previo a la versión definitiva, redactó cuatro borradores idénticos, donde plasmó su propósito con tal incoherencia que aparentaba haber olvidado el uso del lenguaje. Imagino que en circunstancias semejantes la muerte habla entre líneas.

11

Cuando la nana se encuentra con Mijael en la casa, me habla a mí, aunque él le pregunte por los vasos o mencione lo deliciosa que estuvo la comida. «Zalamero», masculla la nana Catalina.

—Nana, ¿por qué no quieres a Mijael?

—Él mira como los caciques, no tiene alma, es un judas —me dijo muy seria.

Ella cree que los judas maldicen a quien tocan. Incluso le llamó a Susy para que me convenciera de dejarlo. Para mi nana casi todos los hombres son malos, excepto su padre (que en paz descanse, como dice ella antes de persignarse), mi padre (que en paz descanse) y mi abuelo (que en paz descanse). Los hombres buenos para ella ya están muertos. Yo la abracé, le aseguré que todo iba a estar bien, y su cuerpo pequeñito y gordo intentó zafarse. Me quedé un buen rato en ese abrazo y esa resistencia; percibí el aroma acitronado que despedía su mandil de cuadritos.

La casa de la nana está a un par de horas de aquí, alguna vez nos invitó al bautizo de una sobrina suya. Allá era como estar en un pueblo lejano, aunque hay una estación del metro a unas cuadras. Vi carretas tiradas por caballos, niños vestidos únicamente con calzones corriendo detrás de una pelota desinflada y borrachos tomando el sol. Su casa es la más lujosa de la zona porque cada habitación tiene una puerta. Muchos de sus muebles estuvieron alguna vez en mi casa: sillas, mesas y sillones que mi madre renovó y no quiso meter en la bodega encontraron otra vida ahí.

Mi tío, quien para la nana tampoco es bueno, me visitó para que le firmara algunos papeles. Él cree que debo invertir dinero en el banco. Le dije que sí, que lo iba a pensar, que primero necesitaba investigar lo que él me estaba pidiendo y que, además, eso lo hablaría con don Pascual. Torció la boca y la cicatriz de su mejilla

se hizo más evidente. Refunfuñó. Me recomendó, nuevamente, que me fuera de viaje.

No quiero salir de aquí.

Mi plan más próximo es colocar en cajas la ropa de mis padres. Es curioso ver el clóset de un muerto, la manera en que dejaron las pantuflas al lado de la cama: planeaban regresar a ponerse la pijama. Nadie tiene la intención de morir cuando cierra tras de sí la puerta de su casa; dejamos algo de continuidad en nuestros actos. Mis padres no previeron ese accidente. Aquí los aguardamos su ropa, la mesa de noche, el vaso de agua a la mitad y yo. Al principio me quedaba dormida en su cama a la espera, encendía su televisor. Su muerte me regresó a esa edad donde me bastaba pensar algo bonito para dormir.

12

Vino Susy. Me enseñó sus redes sociales. Insiste en que vuelva a usarlas y busque gente que no piense ni actúe como Mijael. Si pudiera hacer una lista de las personas que realmente me interesan en las redes, no llegaría a diez. Mis parientes lejanos son eso, seres distantes que ni siquiera se presentaron al velorio de mis padres. Mandaron coronas con frases de amor y le llamaron a mi tío para ver cómo estaba la huerfanita.

Si sólo uno de mis padres hubiera muerto, los parientes se habrían presentado a dar el pésame y a pedir trabajo, como manada de hienas que se acerca a devorar el cadáver de un ñu. Yo no soy quien decide presupuestos ni contrataciones, ahora todo cae en manos del hermano menor de mi padre. Mi tío Antonio está en un momento de éxito profesional, es el nuevo director general (quien recibe las adulaciones de las hienas y confunde sus carcajadas animales con aprobación y cariño). No me trago su bondad ni sus

deseos de enviarme de viaje. Come en la casa una vez a la semana y parece alegrarse de mi ataraxia. Él hace muchos intentos por disimular lo mal que le cae mi novio, y Mijael, por su parte, le habla con su tono ampuloso, enfatiza sílabas.

—Entonces, dime, Mijael, ¿todavía vives con tus padres? —Mi tío le había hecho esa pregunta media docena de veces. Cuando sucede, comienzo a recoger los platos y a pedirles sus tenedores. Ellos me pasan los cubiertos y siguen mirándose fijamente.

—Como ya te he comentado, Antonio, en este momento *fortis fortuna adiuvat* y planeo independizarme pronto.

—Espero que tu independencia no sea aquí —masculla mi tío, precisamente cuando estoy junto a él haciendo la pila de platos.

—¿Cómo dices? —le pregunta Mijael sin perder la sonrisa.

—Espero que encuentres pronto tu independencia —se corrige.

Llevo a la cocina los platos y los lavo. Me he convertido en mi madre, ella acostumbraba hacerlo. Hasta ahora entiendo que esa labor era la mejor manera de salir de una discusión. Mientras escucho sus voces lejanas, intento recordar mi vida meses atrás. Ya olvidé las fiestas, la escuela, los amigos, los planes de viaje y mi deseo de comprar un coche compacto. Hago un esfuerzo y veo escenas entre la bruma, parece que lo que escribo de mí en el diario de duelo es lo único que sucede. No escribo de mis padres ni de la muerte ni tengo reflexiones profundas sobre la existencia. Vivo en coma, soy un paciente conectado a un respirador.

13

Mijael y yo volvimos al departamento del sur. Es nuestra nueva rutina. Pedimos cualquier cosa de comer y nos inmiscuimos en los asuntos de una muerta. Siento que estamos profanando su tumba, que Mijael me necesita de testigo. Hoy, por ejemplo, me

puse a arreglar la alacena y encontré latas caducadas hace más de quince años.

El principal pretexto para llegar al departamento ajeno fue que Mijael comenzará a dar clases en la universidad, se quedó con algunas horas de la madre de André. Pasó casi un año acudiendo a la oficina para recordarles que él podría ser el sustituto. Parte de su rutina diaria, al menos esos meses, había sido ir a casa de sus padres (peinado relamido, ropa planchada) y a la universidad (sentado por horas afuera de una oficina, a veces leyendo un libro, a veces platicando con alguien, supongo). Horas haciendo esa presión silenciosa. Me sorprendió descubrir su tenacidad casi militar.

Debido a esas clases y al regreso de su amigo, pasamos mucho tiempo en el departamento mientras él prepara apuntes y elige libros que va acumulando en mi coche. De pronto, todas las personas nuevas de mi vida tienen alguna relación con la muerte.

Hoy Mijael intentó acceder a la computadora —un armatoste grande y pesado— de la psicoanalista muerta. Primero tuvo que esperar mucho tiempo para que encendiera, después tecleó, sin éxito, varias posibles contraseñas. Revolvió superficialmente los papeles que estaban sobre ese mueble de madera aglomerada e iba tecleando cada combinación numérica que se encontraba escrita, incluso los números telefónicos. Cuando el sol tenía tiempo de haberse ocultado, le insistí que comiera una rebanada de *pizza* fría.

—Podríamos contratar a un *hacker*.

Intenté ser de ayuda, me preocupó ver una vena roja que saltaba de su frente como si estuviera a punto de quemarlo todo.

—No digas idioteces; ¿sabes cuántos años tiene esta computadora?

—¡No me hables así!

Últimamente siento que otra persona se asoma de la cara de Mijael.

—Es que seguramente me van a recomendar que la tire y me compre otra. —Volvió a suavizar el tono.

—Pero —me interrumpí cuando lanzó una mirada gélida—, tienes razón.

Llegar al departamento del sur es entrar al castillo encantado de la Bella Durmiente, donde me encuentro incluso a la mosca que se posó en la mesa segundos antes de que cayera el hechizo. Nosotros nos vamos congelando un poco también.

14

Conduje a casa de Susy. Frené para dejar pasar a una enfermera que empujaba la silla de ruedas de una anciana muy arreglada. Primero se me nubló la visión, después comencé a sollozar, unos segundos más tarde el llanto era un berrido. Tuve que orillarme. Sorbiendo mocos y con hipo, le envié un mensaje a Susy con mi ubicación. Muchos coches pasaron a mi lado, me miraban con la misma curiosidad con la que verían la herida de un limosnero. El chofer dejó a mi amiga a unos pasos de mí; ella me sacó del auto y me abrazó a media calle, en realidad creo que intentaba meterme en el asiento trasero. Sin embargo, al sentir su abrazo, el llanto se avivó.

La enfermera y la anciana, quienes llevaban bastante tiempo contemplando a los patos del pequeño lago artificial del parque, se acercaron a nosotras.

Susy intentó zafarse de mi abrazo y meterme al coche, pero se rindió pronto. Cuando la anciana llegó conmigo, se puso a llorar también. La enfermera movió poco a poco la silla de ruedas hasta que nos dejó en la banqueta. Yo estaba arrodillada, con la cara

oculta entre la frazada que cubría las rodillas de la mujer; sus manos artríticas me acariciaban el cabello.

No sé cuánto tiempo pasó. Finalmente, me invadió un letargo, me volví ligera, el sol me había calentado la espalda y esas manos que jugaban con mi pelo lograron arrullarme. Susy pudo mover fácilmente mi cuerpo ingrátido y la enfermera se apresuró a llevarse a la anciana.

Llegamos a casa de Susy y me quedé dormida varias horas. Cuando desperté, era muy tarde.

—*Baby*, debes hacer algo —me dijo con un tono de voz que pretendía ser amable—, *maybe* trabajar en la fábrica o tomar clases de pilates, deberías volver al club, ¿por qué no nos vamos de viaje?

Después me sugirió que me tiñera el pelo, que me hiciera *manicure*, que me pusiera a dieta.

Susy nunca ha trabajado ni ha tenido una responsabilidad que implique despertarse temprano. Su vida está enmarcada en una constante comodidad. Es un perro faldero que descansa, come, caga y muerde si se le incomoda. Sus padres la trataron así. Cuando se casó con Ernesto todo siguió ese cauce, porque el papá de Susy invirtió en la constructora y le heredó al yerno los compromisos políticos que le dieron los primeros contratos millonarios. Ella nunca ha trabajado, pero me insiste que trabaje.

La fábrica de calcetines de mi padre es aburrida, además siempre ha estado bajo amenaza de bancarrota, la última fue con el arribo de los chinos. Hace años mi padre llegó a la casa con dos juegos de calcetines rojos; los dejó sobre la mesa como si se tratara de cuatro cuerpos exhumados frente a un perito curioso. Mi madre se centró en las preguntas más inmediatas.

—¿Vas a cerrar la fábrica?

Recuerdo que esa ocasión mamá vestía una camisa blanca, usaba un pantalón de mezclilla y unos zapatos altos color azul.

Tengo muy claro ese día porque unos minutos después se manchó la camisa.

—No, todavía no.

—Así empezó la crisis de los que hacían ropa interior, en menos de un año quebraron, acuérdate —concluyó mi madre.

—No todos, sólo cierran quienes no cambian.

Mi madre dejó con torpeza la cuchara dentro del plato y la sopa de tortilla salpicó su camisa. La nana, diligente, apareció y puso un montículo de sal en la manga.

—Déjela o se queda la mancha —interrumpió la nana.

Mi madre, indiferente, se dejó limpiar.

—No es un tema de cambio, sino de oportunidades; los chinos bajan mucho los costos —replicó mi madre con frialdad.

—No se va a quitar, deme la camisa —siguió la nana.

Mi madre se desabotonó la camisa y se quedó con una blusa delgadita sin mangas. Vi su cabello casi rozando las pecas de sus hombros, pensé que era muy bella; noté sus canas como una revelación, supe que ella era muy diferente a otras mamás, haciendo preguntas, confrontando.

—¿Qué piensas? —inquirió mi madre. Mi padre siempre la escuchaba con atención y asentía en silencio, ella era su conciencia.

—Pues debemos reinventarnos —respondió con cautela mi padre—. Parecen los mismos calcetines. Debemos ver su debilidad. Miren bien la costura burda. No son idénticos.

Mi padre tomó los cadáveres color rojo y los miró a contraluz. La nana tallaba la camisa con agua mineral.

Esa tarde mi padre me dio los calcetines chinos para que los usara a diario. La nana los lavaba a mano por la noche y por la mañana los tenía que volver a usar. Los diseccionó primero en el cuarto de lavado y después en su oficina, donde llevaba una bitácora con comentarios sobre la puntera, el arco, la caña.

Afortunadamente, el experimento pericial de mi padre duró dos semanas. Después de eso, el calcetín chino se rompió del talón y del dedo gordo.

No pasaron ni dos meses cuando mi padre contrató a un mercadólogo que desarrolló una campaña para hablar de los atributos de la marca, de la cadena de suministro sostenida por las manos mexicanas y de la calidad del algodón orgánico. En la televisión se veía una historia sentimental colmada de logros y familias que se superaban gracias a la fábrica. Se hacían tomas cerradas a las manos de mujeres trabajando, quienes después se iban con sus hijos para, con esas mismas manos, resolver las sumas y restas de su tarea y, finalmente, acariciar a sus maridos después de un día de trabajo agotador. Manos de mujeres que movían un país. Me parecía que sonaba a comercial de partido político, pero lograron duplicar las ventas y hacer que los chinos dejaran de ser, por un rato, una amenaza.

—Hay más hombres que mujeres en tu fábrica —le dijo mi madre cuando vio el comercial.

—Bueno, pero al final las esposas se benefician del trabajo.

—¿No es mentir?

—Me dijo el mercadólogo que es una licencia.

Mis padres pasaban las tardes hablando. A veces lo hacían como dos amigos; otras, como dos enamorados; muchas más su tono era ríspido, parecía que en cualquier momento iban a lanzarse un florero.

—*Baby*, te traje rodajas de pepino, estás muy hinchada, parece que te pegaron. —Susy me puso los pepinos en los ojos—. Sé que es difícil, no me lo puedo imaginar, pero, *baby*, llorar en la calle fue horrible. La gente pasaba y esa pobre enfermera y yo ahí paradas... Si quieres llorar, pues llora aquí o en tu casa, pero no a media calle.

—No sé qué pasó. Pensé en mis abuelas y luego en mi mamá y en mí... No sé...

—Llevabas meses sin llorar, tenías muchas lágrimas guardadas, *baby*. Vamos de compras, pero mañana que te quites esos *pants*, no puedo llevarte así.

ILALLALÍ HERNÁNDEZ (Pachuca, México, 1981). Escritora y editora. Estudió en la escuela dinámica de escritores que dirigió Mario Bellatin. Fue becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas y del FOECAH. Ganadora del Primer Concurso de Cuento «Ricardo Garibay». Es autora de *Cuentos de 6 líneas con dictamen*, *Callan por miedo* y *Lecciones de gramática para escribir una nota suicida*. Textos suyos aparecen en varias antologías en México y en el extranjero.

Aforismos. Selección y presentación de Hiram Barrios

Valeriu Butulescu

Presentación

Valeriu Butulescu es uno de los aforistas europeos más traducidos del momento. Originario de Rumania, su obra se ha vertido a más de cincuenta lenguas, entre ellas el árabe, el mongol, el vietnamita, el chino y el persa. El dato no es nada gratuito, pues la escritura aforística no suele gozar de una recepción que trascienda fronteras. Los libros de aforismos lejos están de alcanzar los números de ventas de los *best sellers*; viven al margen del mercado: no cuentan con el respaldo de las grandes editoriales ni con el interés de la academia y de las instituciones de cultura. Por ello mismo, descuella que una apuesta literaria de esta naturaleza sea recibida con entusiasmo entre lectores de tradiciones culturales tan diversas.

Los aforismos de Butulescu han logrado tal aceptación debido a la universalidad de sus planteamientos. Estamos ante un escritor que sabe cómo capturar las contradicciones inherentes al ser humano. Su pluma condensa con ironía y cierto pesimismo los absurdos que habitan en nuestras creencias y conductas más arraigadas, y que rigen nuestra convivencia en sociedad. La vida y la muerte, el amor y el odio, el éxito y el fracaso —en suma, el hombre y sus empeños— son algunos de sus temas predilectos.

Para Butulescu, la naturaleza —su cántico ancestral— es también un tema recurrente. Las alusiones a la flora y a la fauna son los simbolismos que utiliza para comparar o contrastar las cosas que en verdad tienen valor. Así, por ejemplo, la «poesía», a la que considera un «canto de delfines», un sonido que «no cualquier oído lo puede percibir». Los aforismos, como la poesía, son también parte de un canto que no cualquiera tiene la sensibilidad de comprender. Los de Valeriu Butulescu, sin embargo, nos hablan con un lenguaje claro y persuasivo que invita a reflexionar.

Además de su obra aforística, Butulescu es un prolífico dramaturgo que ha sido galardonado en más de ochenta certámenes internacionales. Pero, pese al reconocimiento de su trabajo literario, no es un autor muy conocido entre los lectores mexicanos, una razón más para adentrarse en su literatura. Comparto con los lectores de *Grafógrafxs* una selección de aforismos de Valeriu Butulescu, incluidos en el libro *Aforismos* (Editorial Club Universitario, 2012), en traducción de Catalina Iliescu Gheorghiu, a quien agradezco por permitirme hurgar en sus escritos.

Cada año atravesamos sin inmutarnos el día de nuestra muerte.

Conjugo tres veces el verbo «trabajar» y siento la necesidad de descansar.

La ignorancia es la carga más pesada, pero quien la lleva no la siente.

Gloria. Olvido con efecto retardado.

Intentaré olvidar. No olviden recordármelo.

La pureza de la infancia. Todo río es límpido en sus comienzos.

Corres a lomos del viento y, por tanto, no sientes la tormenta.

El espantapájaros. Las aves creen que es humano y se alejan.

El cielo se vuelve color sangre cuando el sol se rebaja a la altura de nuestra mirada.

Heredamos el llanto. Sólo el canto se aprende.

El ave vuela. En la tierra, su sombra se arrastra.

Cada vez que abro los ojos cometo una indiscreción.

Los muertos son libres. La verja del cementerio está hecha para los vivos.

Volvamos a empezar. La naturaleza lo hace todos los años.

Cuando el juego amoroso acaba, el ruiseñor calla.

Los animales no ríen. Entienden la gravedad de la vida.

¿Qué es el suicida? ¿Su propio verdugo o su propia víctima?

Leo una esquila. Respiro aliviado: todavía no es la mía.

Me escapé fácilmente de la garra del diablo. Pero ¿cómo librarme del abrazo de los ángeles?

La poesía es canto de delfines. No cualquier oído la puede percibir.

Traducción de Catalina Iliescu Gheorghiu

VALERIU BUTULESCU (Gorj, Rumania, 1953). Escritor y dramaturgo. Máster de la Academia de Cracovia, Polonia, y doctor de la Universidad de Petrosani, Rumania. Ha publicado más de setenta libros y ha sido galardonado con alrededor de ochenta premios literarios. Por sus aforismos, ha recibido premios en Rumania, Polonia, Bulgaria, Italia, Grecia, Líbano, Bosnia y Herzegovina, Serbia y Canadá. Recibió el premio concedido por la Unión de Escritores de Rumania, en 2004. Sus aforismos se han traducido a más de cincuenta idiomas.

HIRAM BARRIOS (Ciudad de México, 1983). Escritor, traductor y crítico. Es autor de los libros de ensayo *El monstruo y otras mariposas* (2013) y *Las otras vanguardias* (2016); y de los títulos de aforismos *Apócrifo* (2014 y 2018) y *Artimañas* (2021). Compendia la tradición del aforismo en *Lapidario. Antología del aforismo mexicano* (2015 y 2020), *Aforistas mexicanos actuales* (2019), *Disparos al aire. Antología del aforismo en Hispanoamérica* (2022) y *El placer de fastidiar. Aforística italiana* (2022).

Libros y lecturas

Miguel García Ramírez

1. ¿Por qué elegiste el entorno de una fábrica como escenario para tu historia?

Uno de los temas del cuento *El Matadero*, tal vez el principal, es la explotación laboral. Por eso al momento de escribirlo consideré que una fábrica podría servir perfectamente para desarrollar el relato. Otra opción fue un campo, con campesinos en vez de obreros de una fábrica, pero me pareció mucho más atractivo un sitio cerrado, desde donde narra la historia el narrador-personaje.

2. ¿Qué simboliza el Matadero para ti?

Un sitio donde se condensan las violencias propiciadas por un sistema que beneficia a algunos cuantos. El Matadero bien podría ser una ciudad o un país entero.

3. ¿Cómo está representado el tema de la muerte en tu cuento?

El personaje-narrador siempre está apegado a la muerte: habla de la muerte de su padre, que fue un asesinato; describe las varias muertes que ha provocado el dueño de la fábrica, y se sabe muerto (en vida) por trabajar en esta.

4. ¿Qué representa para ti un libro?

Como lector: la posibilidad de comprender la realidad o, en su defecto, de escapar de ella. Como escritor: un cúmulo de preguntas y respuestas; más lo primero que lo segundo.

5. ¿Qué autores jugaron un papel fundamental en el desarrollo de tu vocación?

Roque Dalton, Roberto Bolaño, Pedro Lemebel, Wislawa Szymborska, Reinaldo Arenas, Abigael Bohórquez, José Revueltas y Juan Rulfo.

6. ¿Qué te han regalado los libros?

Mucho. Sobre todo, un propósito y un lenguaje propio (o eso creo).

7. ¿Cómo te fuiste introduciendo en el mundo de la lectura?

De muy niño leía mucho: mi madre me llevaba cada quincena a una librería, yo escogía un libro y lo terminaba enseguida para releerlo hasta el cansancio. Posteriormente, dejé de leer hasta algunos años antes de ingresar a la universidad. Fueron muchos años sin leer lo que se dice leer. Después de eso no pude parar, aunque me chiquiteo las lecturas, me aterra quedarme sin algún libro pendiente.

8. ¿Qué libro que leíste en tu infancia sigue rondando en tu cabeza?

Tuve suerte, porque mi infancia fue muy larga —creo que me duró hasta los 20 años—, así que diré que *El llano en llamas*, de Juan Rulfo.

9. ¿Realizas lecturas unitarias de autores —para captar su espíritu— o lees una novela de uno y otra de otro?

Ambas. En quien siempre procuro recaer es en Bolaño. Fuera de eso, intento variar autores, aunque muy pocas veces me dejo llevar por recomendaciones. Confío en mi absurda creencia de que las lecturas me encuentran.

10. ¿Qué libros están presentes en los tuyos?

Estrella distante y *Los perros románticos*, de Roberto Bolaño; *Jeta de santo*, de Mario Santiago Papasquiaro; *Dormir en tierra*, de José Revueltas; *Taberna y otros lugares*, de Roque Dalton, etcétera.

11. ¿Qué libros has releído?

Exactamente los mismos de la respuesta anterior. Nada más.

12. ¿De cuántos libros está compuesta tu biblioteca y qué podemos encontrar en ella?

Quizás de unos 100 a 120 libros. Procuro no tener tantos, quedarme con los indispensables. Tengo una colección de Bolaño que me enorgullece; también, para complementarla, una de autores infrarrealistas, a la cual le tengo mucho cariño. Varios libros de Roque Dalton, que incluyen ediciones raras. Algunos cuantos de Lemebel, varios de Etgar Keret, con un par de estos firmados, y otros tantos de fotografía y literatura infantil.

13. ¿Cuál es el libro que te ha impresionado más y por qué?

Alguna vez leí una antología de Pessoa, una que alguien me prestó y que jamás devolví. Después la tuve que vender para solventar unos gastos. La cosa aquí es que yo era muy joven y apenas me acercaba a la poesía. No podía creer lo que estaba sintiendo; me

pareció maravilloso. Quería hacer lo mismo, quería escribir poesía hasta el cansancio. Creo que aún lo deseo.

14. ¿Qué significa para ti publicar un libro?

Un proceso, ya sea de observación, duelo o fiesta. Es darle fin a una etapa y comenzar otra.

15. ¿Con qué autores te nutres actualmente?

Con Amparo Dávila y Mariana Enríquez, pues estoy culminando una antología de cuento corto y creo que pueden aportarme en mi proceso creativo. Antes dije que no acepto muchas recomendaciones, pero últimamente leo lo que mi compañera me acerca, es de lo poco —en verdad contemporáneo— que llego a leer. Eso sí, procuro que sean autores y autoras latinoamericanos.

16. ¿Qué tipo de libros te producen antipatía?

Los de superación personal o autobiografías de personajes actuales.

MIGUEL GARCÍA RAMÍREZ (Ciudad de México, 1993). Estudia la licenciatura en Creación Literaria en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Es autor de *Carta de renuncia* (UACM, 2024), *Derrumbe* (Buenos Aires Poetry, 2024) y *Poemas mal-habidos* (Pez Ciego, 2020). Textos suyos aparecen en diversas revistas, como *Monodemonio*, *Revista Tóxicxs* y *Digo.Palabra.txt*.

Libros y lecturas

Sohulii

1. El mar y la playa son elementos muy importantes en tu cuento *Otredad*. ¿Qué simbolizan para ti y para la protagonista?

Mis recuerdos más bonitos son de la playa: yo en el mar sintiendo las olas. El mar siempre ha tenido para mí una connotación de tranquilidad, pero al mismo tiempo es un espacio desconocido y peligroso, casi como un espacio con significado místico por el misterio que representa. En ese sentido, creo que el mar, y el agua como símbolo general, es un umbral entre la vida y la muerte. Y me parece que eso está representado en el cuento: como metonimia de la vida está el ombligo enterrado cerca de la playa, y la desaparición en el mar como la simbolización de la muerte.

Para la protagonista, el mar no sólo representa esa dualidad, sino que también es memoria, porque es a través de su conexión con el mar que recuerda a quien ya no está; pero además representa la posibilidad de reapropiarse de una vida que están viviendo por ella. Considero que aunque el mar es símbolo de soledad y tristeza en el cuento, es igualmente un símbolo de esperanza.

2. En *Otredad* abor das temas como la identidad, la memoria y la salud mental. ¿Qué mensaje o reflexión quieres enviar a los lectores?

Más que querer que mi cuento sea leído de alguna forma, porque creo que todas las personas pueden interpretarlo como deseen, me parece que el cuento en sí es un ejercicio de memoria y búsqueda de identidad; al menos lo fue así para mí desde el proceso creativo. Pienso que todas las personas cargamos con nuestrxs muertxs de una u otra forma, y más cuando no hemos atravesado un proceso de duelo y tratamos de negar ese recuerdo. A veces ponemos esos recuerdos, anhelos y esperanzas que teníamos sobre alguien en otras personas, justo porque no sabemos cómo lidiar con su pérdida.

Para mí este cuento es eso: recordar a lxs muertxs y dejar que vivan a través del recuerdo, de contar sus historias, de hablar de lo que duele, porque de otra forma sólo nos lastimamos y lastimamos a quienes amamos.

3. ¿Cómo está representado el tema de la muerte en tu cuento?

Aparece más en el ejercicio de memoria que representa este cuento, pero está siempre implícita. Sabemos que hay muerte porque tenemos una escena de un funeral, pero falta un cuerpo que permita ejercer el duelo; y tenemos el indicio de que fue un suicidio, pero nunca se confirma. La muerte es un tema central, pero nunca es mencionada como tal. Creo que eso es justo lo que marca la poética del cuento: nadie habla sobre quien no está, a menos que sea a través de otrxs, a través de la comparación; y el cuento jamás se atreve a decir qué ocurrió de forma explícita, debemos deducirlo por medio de los indicios.

4. ¿Qué representa para ti un libro?

Como alguien que se dedica a estudiar la literatura, el libro es un capital cultural y simbólico; pero como alguien que se apasiona por la lectura, un libro es una forma de conocer a otros y sentirse en compañía en esta vida. Y no veo por qué ambas concepciones deban estar peleadas.

5. ¿Qué autores jugaron un papel fundamental en el desarrollo de tu vocación?

El primero fue Oscar Wilde, porque sin sus cuentos es posible que nunca hubiese desarrollado un gusto por la literatura. También creo que Rick Riordan fue muy importante, ya que a través de sus lecturas llegué a los clásicos grecolatinos; pero también me hizo darme cuenta de que la literatura puede ser divertida y jocosa. Philip Pullman, porque a muy temprana edad llegué a sus libros, además de que fueron los primeros que yo me compré, y guardo con mucho cariño su lectura. Y Rumi, pues descubrí su poesía y me cambió la vida.

6. ¿Qué te han regalado los libros?

Más que nada, compañía. La literatura ha estado para mí en momentos difíciles, y a través de ella también me he dado cuenta de que no estamos solxs. He aprendido de todos los libros que he leído, eso es cierto, y esa es otra cosa importante que he tenido de las lecturas, sea en libros impresos o en otros soportes.

7. ¿Cómo te fuiste introduciendo en el mundo de la lectura?

Fue a una edad temprana. Mi familia siempre se preocupó por regalarme libros de todo tipo, pero creo que quienes más influyeron fueron mis abuelitos. Recuerdo a mi abuelita leyéndome en voz alta libros de historia de México y a mi abuelito recitándome

poemas que se había aprendido de memoria. Mi primer acercamiento con la lectura fue una lectura colectiva.

8. ¿Qué libro que leíste en tu infancia sigue rondando en tu cabeza?

Hay varios que recuerdo con frecuencia, pero uno que siempre está ahí es *El libro que se muere*, de Ricardo Chávez Castañeda. Lo leí a los 9 o 10 años, y lo recuerdo mucho porque todos sus cuentos me dejaron pensando en la relación que tenemos con la muerte. De hecho, en mi cuento *Otredad* ronda la idea de «ser la tumba» de alguien más, y justo es algo que aparece en uno de los cuentos de Chávez.

9. ¿Realizas lecturas unitarias de autores —para captar su espíritu— o lees una novela de uno y otra de otro?

Leo de forma muy desordenada. Hay momentos en los que me puedo leer toda la obra de un autor —como lo hice con Oscar Wilde y lo estoy haciendo ahora con Camila Sosa y Mónica Ojeda—, pero también leo todo lo que se me atraviere y llame mi atención. Incluso hago lecturas simultáneas, que no recomiendo a menos de que se tenga una buena memoria.

10. ¿Qué libros están presentes en los tuyos?

Qué pregunta tan difícil, porque decir a quiénes leemos nos coloca en una tradición desde la que queremos ser leídos. Pero creo que siempre están las lecturas de mi infancia, como las de Ricardo Chávez, pero también me gusta pensar que hay algo de *Caballo sea la noche*, de Alejandro Morellón; de *La destrucción o el amor*, de Vicente Aleixandre; la obra de Antonio Machado; algo de Mónica Ojeda, y bastante de Rumi. Sin embargo, el trabajo de rastrear una genealogía es algo que prefiero dejar a quien me lee.

11. ¿Qué libros has releído?

Las malas, de Camila Sosa, porque ha sido importante para mí y por cuestiones académicas. *Caballo sea la noche*, de Morellón, debido a que también es un libro que me despierta muchas cosas, entre ellas, un interés académico. *Drácula*, de Bram Stoker, pues siempre he amado a los vampiros. *Respiración artificial*, de Ricardo Piglia, y *El lugar sin límites*, de José Donoso, porque los leí una vez en la carrera para un par de trabajos y no he podido parar de pensar en ellos; muy seguido me descubro repensándolos y de pronto de nuevo los estoy leyendo.

12. ¿De cuántos libros está compuesta tu biblioteca y qué podemos encontrar en ella?

Hace algunos años quise inventariar mi biblioteca, pero paré, ya que muy seguido olvidaba agregar lo que compraba, así que me aventuraré a decir que entre 200 y 300. Podemos encontrar de todo: libros infantiles —porque me interesa mucho la literatura infantil—, teoría literaria, terror, libros en inglés, novela gráfica, fanzines, clásicos de la literatura universal y novelas juveniles. De todo un poco.

13. ¿Cuál es el libro que te ha impresionado más y por qué?

Creo que fue una compilación de poemas de Rumi hecha por Coleman Barks, porque, verdaderamente, después de ese libro nada fue igual para mí. Ni la forma en la que veo el mundo, ni la forma en la que leo, ni nada.

14. ¿Qué significa para ti publicar un libro?

Dar vida a lo escrito, porque mantener las cosas para ti está bien, es divertido y puede ser un pasatiempo, pero publicar, compartirlo, es darle vida, y eso implica el estar dispuesto a que, como

dicen Roland Barthes y Foucault, quien lee se lo apropie y lo interprete como desee, aunque eso signifique que no sea leído como queríamos.

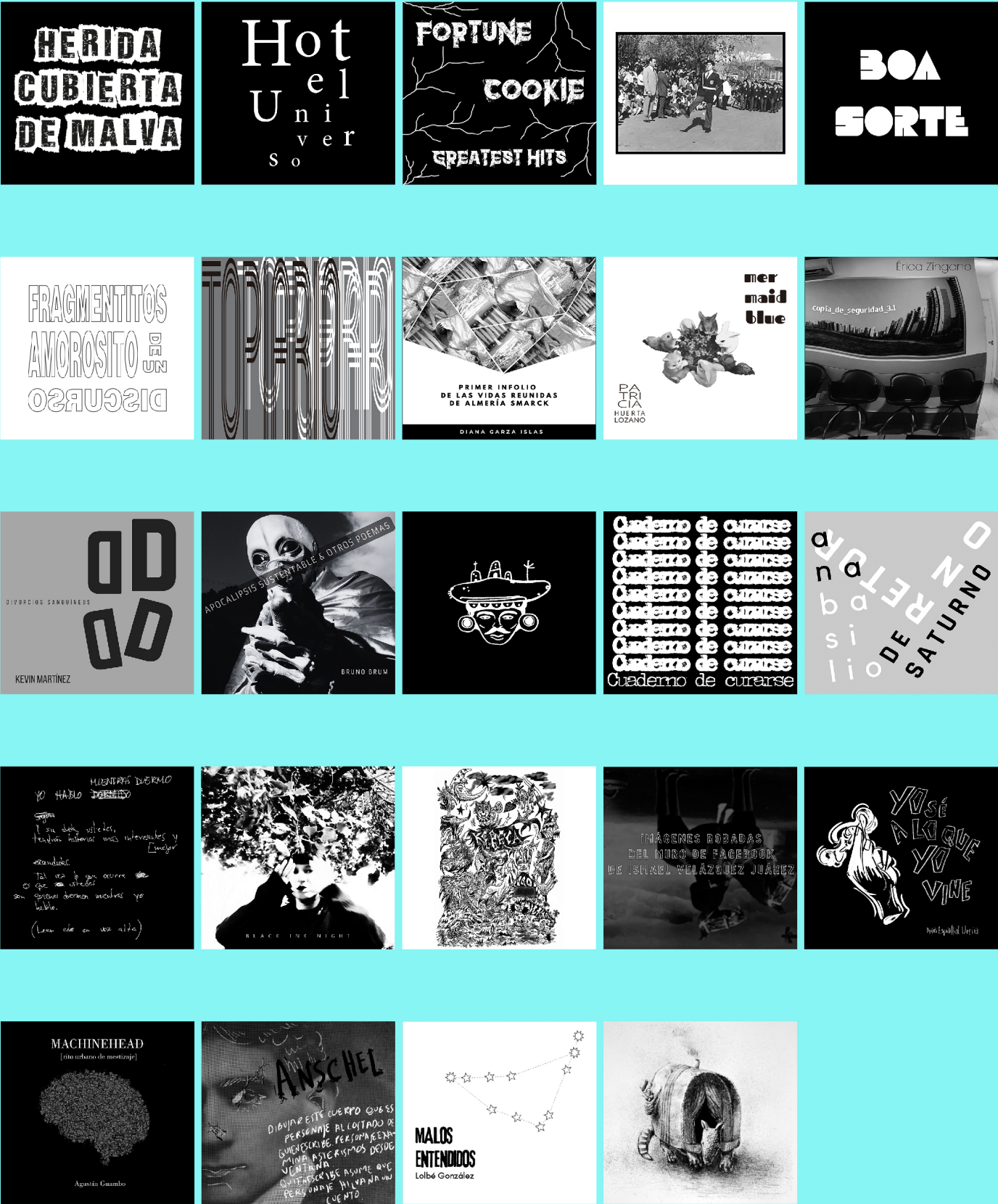
15. ¿Con qué autores te nutres actualmente?

Creo que es difícil dejar de lado a autores que te han acompañado por mucho tiempo, así que volveré a decir que Rumi. También Vicente Aleixandre, William Blake, Reinaldo Arenas, Mónica Ojeda, Camila Sosa y las personas con quienes publico en *Miazma Fanxine*: Río Mercedes, Josshua Tenoch, Leonardo AChi y Mena Madrid.

16. ¿Qué tipo de libros te producen antipatía?

Definitivamente los de autoayuda. Y libros que pretendan reproducir ideas nocivas, como lo son la misoginia, el fascismo y la transfobia.

SOHULI (Ciudad de México, 2002). Estudia Letras Hispánicas en la Universidad Autónoma Metropolitana y se dedica a la improvisación teatral. En 2024 fundó, con Josshua Tenoch y Río Mercedes, el fanzine *Miazma*.



Descarga los libros de la colección
En Marte aparece tu cabeza
en **grafografxs.uaemex.mx**

Yoss • VIDORRETA • Ríos • HERNÁNDEZ
BUTULESCU • GARCÍA • SOHULI • PIMIENTA



Universidad Autónoma
del Estado de México